





CARMEN PACHECO DE PACHECO

CUENTOS DE LA ESTANCIA

Ilustró
CECILIA BUNGE

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CUENTOS DE LA ESTANCIA

De la misma autora:

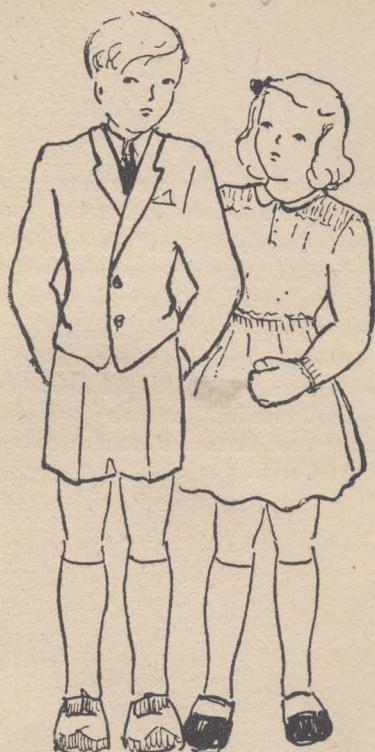
NUEVOS CUENTOS DE LA ESTANCIA
(en preparación)

ES PROPIEDAD.
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY

CUENTOS DE LA ESTANCIA

24 1.35
67 1.30

Sec. Inf.



(21)

Sección Infantil

Por

CARMEN RABEBO DE RABEBO

Ilustró

CECILIA BUNGE

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

152x221

Cuatro de estos cuentos aparecieron como primicia en la Revista para niños "Primeras Armas".

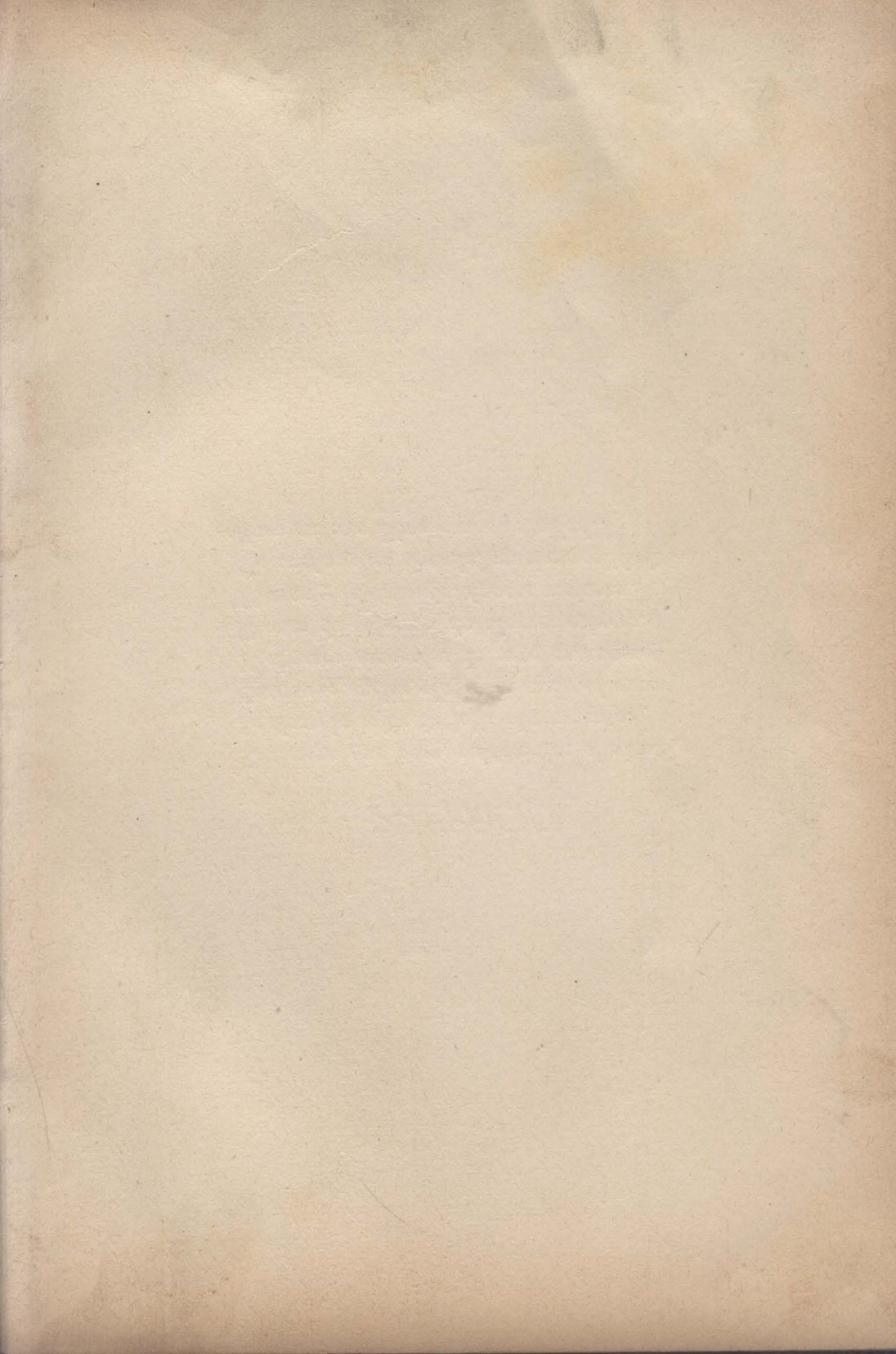
"El Duendecito del Maizal" es inédito y obtuvo el premio "Rafaelito Devoto" otorgado por el Consejo de Mujeres de la República Argentina en 1936.

El cuento "Los Indios" está basado en un relato de Doña Luciana Chaves cuya hermana fué raptada por los indios durante un malón. El hecho sucedió en la Estancia La Porteña, fundada por Juan Antonio Cascallares y que pertenece actualmente a la familia Erdmann del Carril.

LA AUTORA.

PREFACIO

*El tiempo que pasa, veloz como el viento,
Se lleva la infancia feliz al momento.
Corriendo en las playas lo pude alcanzar
Y algunos recuerdos le supe arrancar.
Jirones de infancia de alegres colores,
El mar y la estancia, épocas mejores,
Un sueño y un duende, mucha realidad,
Puse en este libro con sinceridad.*





Los Indios

—¡Toto! ¡Toto! ¡Espérame! gritó Chichita corriendo para alcanzar a su hermano, por encima del césped, a pesar de las prohibiciones.

—¿Cómo, Chichita, no estabas durmiendo la siesta?

—No, ya no me obligan a dormir a esta hora, pues tengo seis años cumplidos.

—¿Y qué tiene que ver tu edad con la siesta?

—Tiene mucho que ver. Mamá dice que soy muy grande para dormir tanto, que no me quedaría sueño al acostarme por la noche. ¿Dónde vas?

—A la arena, para construir un fuerte.

—Déjame ir contigo.

—Bueno pero a condición que mires nomás; voy a hacer el fuerte yo solo.

—Te ayudaré a dibujar los caminitos alrededor del fuerte, nada más. ¡No seas malo!

—Lo pensaré, dijo Toto con tono importante, poniéndose a andar, con la pala al hombro y el baldecito en la mano. Chichita, como perro fiel, siguió sus pasos en silencio.

Llegaron al cuadro de arena reservado a los chicos, cerca del viejo y frondoso aguaribay. Toto, con el filo de la pala, trazó el plano del fuerte: un cuadrado grande, con un círculo en cada esquina, las paredes con sus cuatro torres.

—Tráeme agua, la arena está muy seca.

Chichita tomó el baldecito y se dirigió hasta la bomba, pero por más que forcejeó el agua no salía:

—¡Toto! No puedo, gimió.

—¡Las mujeres no sirven para nada, ten el balde, yo voy a bombear!

Toto subió y bajó la palanca de la bomba con toda la energía de sus nueve años, y un chorro inmenso surgió de pronto, haciendo rebosar el balde, y empapando los pies y el delantal de Chichita.

—¡Mira lo que has hecho! Ahora me van a retar por haberme mojado, dijo ella pronta a soltar el llanto.

—¡Bah! siéntate al sol un ratito y te secarás.

Chichita obedeció, y Toto se puso a trabajar afanosamente, empezando por el foso que debía rodear al fuerte, y luego elevando las paredes, palmoteándolas para darles firmeza. Finalmente construyó las cuatro torres, usando una tablita para hacer las almenas regulares.

—Este es el fuerte “Sancti Spiritus”, dijo Toto triunfante. En realidad se parecía más a la Penitenciaría Nacional que al primitivo fuerte de Gaboto.

—Ahora vamos a poner los soldados para defenderlo, y los indios para atacarlo. Búscame piedritas blancas y yo juntaré piedritas oscuras.

—¿Piedritas? ¿Para qué?, preguntó Chichita.

—Júntalas y verás.

Además de las piedras Toto trajo pedacitos de tejas, y dos “bichos de candado”. Luego colocó las piedras blancas en el fuerte como soldados disimulados detrás de las almenas, con uno de los bichos en el medio de la plataforma central.

—Este es Gaboto, el Jefe de la expedición. Está pasando revista a sus soldados para que estén listos, por si los indios vienen a atacar. Los indios son las piedras oscuras diseminadas en el valle, al oeste del fuerte; se están formando en línea de batalla atrás de una lomita, por eso los españoles no los han visto. Este otro bicho es el Cacique Mangoré que marcha a la cabeza de los indios. ¡Cuidado Chichita, que Gaboto se va a caer de la torre! ¡Agárralo!

—Es que no me animo a tocarlo, tengo miedo que me pique con ese cuerno tan grande.

—¿No has visto como lo agarré yo y no me hizo nada? Claro que no tienes que poner el dedo donde cierra el candado, lo agarras por los lados de modo que el cuerno quede arriba.

Chichita quedó mirando con aire dubitativo; quería cumplir las órdenes de Toto pero no podía vencer su temor del bicho,

y éste que había llegado a la extrema orilla del camino de ronda, cayó y quedó patas arriba con el cuerno clavado en la arena.

—Bueno, ya no hay nada que hacer, los soldados no pueden salir a salvarlo a Gaboto porque aquí están los indios, agazapados con su Cacique; y el centinela blanco, que está en la torre se ha dado cuenta que están por atacarlos, explicó Toto.

—Pero un soldado muy valiente, sale corriendo y va a recoger a su Jefe, dijo Chichita, tomando una piedra blanca y haciéndola deslizarse por una cuerda imaginaria hasta el pie de la torre y saltar por encima del foso.

—El cacique monta a caballo y galopando llega antes que el soldado blanco hasta Gaboto en el suelo, que no se puede defender.

Toto agarró el otro escarabajo, el Cacique, y lo llevó rápidamente hacia el caído. Con el afán de escapar de entre los dedos de Toto el “Bicho Cacique” se prendió del “Bicho Gaboto”, y éste patas arriba se prendió del Cacique para poderse enderezar.

—Después de una terrible lucha cuerpo a cuerpo, el Cacique se lo lleva preso a Gaboto, y los españoles aterrados no tiran más por temor de herir a su Jefe. — Toto volvió rápidamente con los dos bichos detrás de las líneas indias, y al darse vuelta vió una persona que los estaba mirando.

Era la vieja Luciana, que vivía con la familia de Toto habían tantos años, que ya nadie se acordaba cuántos. Estaba allí contemplando a los dos niños, apoyada sobre su bastón, y meneando la cabeza:



—¡Así no fué, Toto, así no fué! Cuando los indios atacaron al fuerte ya se había ido Gaboto hacia el Norte, remontando el Paraná.

—Lo sabía, dijo Toto, pero en el juego yo decía Gaboto porque no sé quién quedó al mando del fuerte cuando Gaboto se fué al Norte.

—Quedó Don Nuño de Lara. El fué quien mató al Cacique Mangoré durante el último combate, pero fué muerto a su vez por el hermano del Cacique, Siripo. El fuerte fué quemado y arrasado, creo que no quedó ningún sobreviviente de la guarnición española.

—¿Tú lo conociste a don Nuño de Lara? preguntó Chichita.

—¡No hija! Hacen cuatrocientos años que sucedió eso, y yo no tengo más que noventa y seis. Pero he visto indios tan malos como los que quemaron al fuerte Sancti Spiritus.

—¿Dónde los viste Luciana?

—Aquí mismo en la estancia, cuando tu bisabuelo era el patrón, y tu abuelo Don Tomás era un niño de un año, los indios hicieron un malón y se llevaron a mi hermana mayor que era una linda moza de trece años.

—¿Cómo fué? ¡Contanos bien, contanos todo! insistieron los chicos. Sentate aquí al pie del aguaribay donde hay sombrita y nos contás.

La viejita se instaló, con el bastón a su lado, cruzó sus manos nudosas y cerró un momento los ojos antes de empezar, para evocar sus recuerdos lejanos:

“Mi madre era la mucama de tu bisabuela doña Panchita, mi padre era el cochero de la casa, y venían cada verano con la familia. Mi hermana Rosa y yo, vivíamos en la ciudad con una tía que nos quería mucho, pero veníamos también aquí porque doña Panchita le decía a mi mamá: “Trae nomás a tus dos chicas, tienen que cambiar de aire; se van a enfermar si las dejas siempre en casa de tu hermana que vive en el centro de la ciudad. Pero arréglate para que no atrasen tu trabajo”.

Rosa y yo nos portábamos muy bien, y no la molestábamos nunca a mi mamá. Le ayudábamos un poquito, llevábamos los recados de la cocinera cuando le mandaba pedir al quintero un ramito de perejil o algunas cebollas que se había olvidado

de traerle, pero lo que más nos gustaba era cuando la nodriza que criaba al niño Tomás nos dejaba cuidarlo un rato. La nodriza era una esclava gorda y muy negra, se llamaba Casilda.

—¿Qué quiere decir esclava? interrumpió Chichita.

—Los esclavos eran unos negros traídos de Africa, que la gente compraba y hacía trabajar de sirvientes en las casas, o de peones; era una cosa muy triste para esos pobres negros, el ser comprados y vendidos como animales, y muchas veces maltratados. Pero tu bisabuelo era muy bueno, y todos sus esclavos lo querían mucho, lo mismo que a toda la familia.

Un domingo el patrón don Tomás con doña Panchita, subieron en la americana, tirada por cuatro caballos para dirigirse a la iglesia del pueblo, que quedaba a cinco leguas. Después de misa se quedaban siempre a almorzar y pasar la tarde con una tía de don Tomás que vivía en una quinta cerquita de la iglesia.

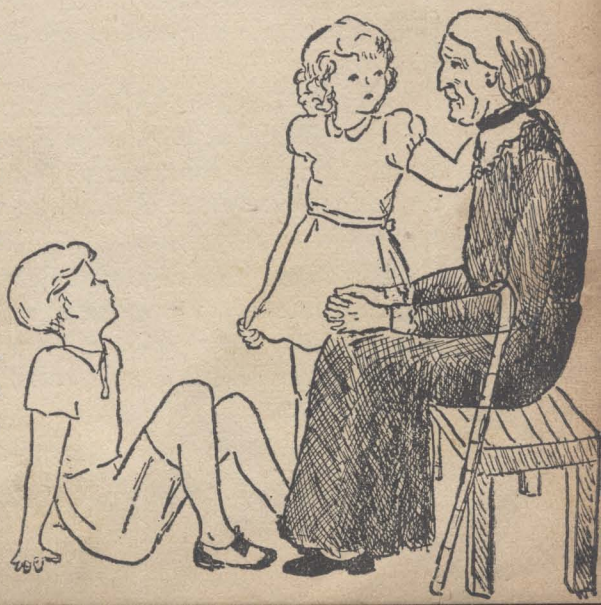
—Cuidalo bien al nene, Casilda, gritó doña Panchita asomando su graciosa cara rodeada de bucles rubios, a la portezuela, en el momento en que arrancaban los briosos caballos guiados por mi padre. El coche se alejó escoltado por tres peones a caballo, y nos quedamos mirando la polvareda que se había levantado.

Después de la siesta los esclavos se reunieron bajo el alero de la cocina y unos con guitarras, otros palmoteando y cantando, armaron un alegre baile.

*¡Chepe! ¡Chepe! ¡Chepe María
Barre p'aquí
Barre p'allá!*

Mientras unas negras tomaban mate, otras cantaban zarandeando las caderas, y nosotras cantábamos con ellas. Casilda se acercó, teniendo al niño en brazos, pero él se asustó de tanto ruido y se puso a llorar.

—¡Chicas! nos dijo Casilda, vayan paseando y entretengan un poco al nene, yo tengo un trabajito que hacer.



Nos alejamos encantadas, Rosa llevando al niño y yo, mirando con disimulo por encima del hombro, pude ver que el trabajito de Casilda consistía en lanzarse en medio de la rueda de cantores y ponerse a bailar alegremente con las otras negras.

Fuimos por el jardín recorriendo los caminitos bordeados de boj, recogiendo flores con las que trenzamos una corona para el nene, pero él, un gordito de un año, arrancó los pétalos a puñados para metérselos a la boca. En el atardecer tranquilo el sol poniente todavía caldeaba la atmósfera, y me había agitado buscando las flores.

—¿Quieres que vayamos al galpón del pasto? propuse, así podríamos descansar un rato.

—Yo no estoy cansada, pero vamos nomás. Tal vez podamos divisar al coche que no ha de tardar en volver, dijo Rosa.

El galpón del pasto quedaba a la orilla de la arboleda, al lado del alfalfar. Era un altísimo galpón sin paredes, compuesto de un techo de paja soportado por gruesos y largos postes; durante el verano iban apilando la alfalfa bien seca debajo de ese techo y la tenían en reserva para alimentar los animales finos en el invierno cuando el pasto escaseaba.

Debajo del techo el pasto seco formaba unos inmensos escalones; para subir de uno al otro, cada vez más alto, los peones dejaban apoyadas unas livianas escaleritas de mano, de diez o doce peldaños, y por ellas nos trepamos sin pensar en tropiezos ni caídas, pues la alfalfa formaba un mullido colchón que hubiese amortiguado todos los golpes.

El nene gateaba, se revolcaba. Llegamos al punto más alto, y Rosa levantando los brazos tocaba el techo de paja; yo no pude alcanzarlo ni poniéndome de puntillas, lo que me fastidió mucho.

—Pero Luciana, dijo Rosa para consolarme, si no tienes más que diez años no puedes llegar tan alto como yo que tengo trece. ¡Ya me alcanzarás, no te preocupes por eso! Fíjate bien, antes de que se entre el sol si no ves volver a los que se fueron al pueblo esta mañana.

Ahuecó la paja en forma de nido y se sentó jugando con el nene mientras yo me estiraba más cerca de la orilla tratando de descubrir la “americana” o por lo menos la polvareda que debían levantar sus cuatro caballos, y los de los peones que la escoltaban.

—Fíjate Rosa, qué precipicio tenemos delante, parece que estuviéramos sobre una montaña.

—Sí, dijo Rosa, juguemos que estamos sobre la Cordillera de los Andes. Hemos subido por el lado argentino, que tiene una pendiente suave, fácil de escalar, y tú estás contemplando la bajada a pique del lado chileno.

Delante mío se extendía la pampa sin límites, una huella se perdía entre los pajonales hacia la laguna. El sol como una bocha roja se hundió lentamente tras la línea donde se juntan cielo y tierra.

—Mejor que nos pongamos en camino a casa, dijo Rosa, ya va a oscurecer.

—No tengás miedo, mirá qué luna grande hay esta noche. Alumbra casi tanto como el sol, y no nos dá tanto calor. Y todavía no he visto al coche pero alguien está arreando la tropilla allá muy lejos, del lado de la laguna.

—¿Quién va a estar arreando la tropilla? contestó Rosa, es domingo, y al anochecer ya nadie agarra caballos.

—Pero son caballos, muchos caballos galopando derecho para acá. ¡Y llevan bultos al costado!

—¿Que llevan bultos? ¿Qué bultos?

Rosa se incorporó viniendo a mirar al lado mío, luego me tiró bruscamente de la mano, cayó a mi lado, y con la voz ahogada por el espanto me dijo:

—¡Cállate, escondete por Dios! ¡Son los indios!

—¿Los indios? repetí, ¿esos bultos?

—Son indios, te aseguro; se acuestan así con una pierna sobre el lomo, y una mano sobre la cruz del caballo en pelo, quedan colgando a un costado.

—¿Y por qué toman esa postura? seguí cuchicheando asombrada.

—Para que no los vean de lejos, y la gente crea como vos a primera vista, que son caballos sueltos nomás.

Me puse a temblar.

—¡Corramos a casa! ¡Tengo miedo, Rosa! Quise enderezarme pero ella me retuvo con mano firme.

—Ya no tenemos tiempo. Estamos muy lejos de las casas, ellos nos alcanzarían. En cambio, quedándonos aquí, agazapadas entre el pasto, con la sombra del techo no nos verán.



Para mayor precaución, Rosa levantó la última escalerita de mano y la disimuló al lado nuestro.

El repiqueteo del galope hacía temblar la tierra, cada vez más cerca y cada vez más fuerte; el tropel se venía encima en una carrera desenfundada.

De pronto sonó un disparo desde las casas, alguien que acechaba sobre el mirador, había divisado a los indios y daba la señal de alarma. Entonces como por encanto, todos los indios se enderezaron sobre sus caballos, la lanza en la mano derecha y golpeándose la boca con la izquierda, dando unos alaridos que nos helaron la sangre de terror, iniciaron un movimiento envolvente galopando alrededor de la arboleda cerrando poco a poco el círculo.

Una descarga de fusilería se oyó cuando enfrentaron las casas, un indio cayó mientras su caballo seguía galopando a la par de los otros.

El niño, que había permanecido jugando entre las pajas, al oír los alaridos de los indios se puso a gritar.

—Callate hijito, murmuraba Rosa abrazándolo, los indios malos te van a oír.

Pero no se callaba. Le tapamos la boca, nos mordía y se debatía con todas sus pequeñas fuerzas. Me saqué entonces el pañuelo de seda blanca, que llevaba al cuello y doblándolo se lo até amordazándolo; luego con el de Rosa le atamos las manos, para que no se quitase el que le impedía gritar. El niño estaba morado de rabia y de susto, pero por fin se quedó quieto.

La luna alumbraba como en pleno día y veíamos claramente a la montonera de indios. Unos cuantos rodeaban al ganado, caballos, vacas, terneros, a todos arreaban hacia el sur, pica-neando sin lástima los rezagados o mañeros, mientras el primer grupo de guerreros, más numeroso atacaba las casas.

Veíamos unas lucecitas que atravesaban el aire, eran flechas con estopa encendida enviadas por los indios para incendiar la población, obligando a salir a los refugiados de las casas. De pronto grandes llamaradas enrojecieron el cielo: el rancharío de los esclavos, con sus techos de paja había sido presa de las llamas.

El crepitar de las armas de fuego, gritos terroríficos de combatientes, gemidos de los que caían alcanzados por las balas, un continuo galopar de animales enloquecidos huyendo del fulgor del incendio, todo nos parecía un sueño, una pesadilla espantosa de la que tratábamos en vano de despertar.

No sé cuánto tiempo duró el ataque, tal vez hayan sido pocos minutos, tal vez horas, pero a mí me parecía que no terminaría nunca.

De pronto, calculando que los que llevaban arreando la hacienda ya se habrían alejado bastante, los indios emprendieron la retirada. Pasaron veloces frente a nuestro escondite, el regatón de la lanza a la rastra, dejando un surco al lado de las pisadas del caballo. Los cuerpos de los hombres cobrizos brillaban sudorosos a la luz de la luna sobre los caballos, cubiertos de espuma, que resollaban al compás del galope.

“¡Gracias a Dios! Ya se van”, pensaba yo, “ya se van sin habernos descubierto”. Uno de los indios llevaba una flecha como las que les habían servido para incendiar los ranchos, sujetó el caballo y con una carcajada, armó su arco y tiró en dirección al pasto donde estábamos. El caballo del indio se abalanzó y desvió el tiro; la flecha encendida en vez de plantarse en medio de la parva cayó a un paso de la orilla, y entre

las briznas de paja esparcidas por el suelo, una llamita surgió. El indio continuó su huída sin fijarse en el resultado de su flechazo, y nosotras seguíamos mirando con terror esa llamita, esa llamita diminuta, que se adelantaba poco a poco, como una mariposa de fuego saltando de brizna en brizna, cada vez más cerca de la montaña de pasto seco.

—¡Ay de nosotros! ¡Si llega a incendiarse la parva!

Y yo, temblando, murmuraba:

—¡Pasto querido; Dios te puso aquí para servirnos de refugio y escondernos a la vista de los indios! ¡No sirvas ahora al Diablo, ayudando a nuestros enemigos a quemarnos vivos!

Pero Rosa puso su mano sobre mis labios:

—No digas tonterías, Luciana. Reza en tu corazón que salga bien lo que voy a emprender. Yo creo que ya han pasado todos los indios. Mira, allí va uno bastante lejos. Compréndeme bien; si la llama llega a la parva, tendremos que salir de ella con el niño; los indios nos verán con la claridad de la paja incendiada y nos llevarán a los tres. En cambio, si bajo yo sola enseguida, y pisoteo esa llamita para apagarla, tal vez no me vean, y volveré a esconderme con ustedes. Pase lo que pase, júrame que te quedarás aquí con el nene, sin chistar.

Comprendí la gravedad de la situación:

—Te juro que me quedaré aquí con el nene, pase lo que pase; bajaré con él, únicamente si se incendia el pasto.

Rosa me apretó la mano para despedirse, y sin una palabra se deslizó hacia abajo. A pesar de sus precauciones, sus movimientos hacían crujir la paja, y ese ruidito parecía ensordecedor; tal era el miedo que teníamos de que los indios lo oyesen. Mi hermana llegó a tierra, y tomando una de las horquillas de emparvar, corrió hasta donde había caído la flecha incendiaria.

La llama se había extendido; ya no era una, sino varias mariposas de fuego danzando cerca de la parva. Con la larga horquilla, Rosa barrió las briznas encendidas, tirándolas hacia el campo verde. La alfalfa fresca, húmeda de rocío, apagó las llamas, y no quedó más que uno que otro montoncito de paja negruzca, echando humo en el borde del alfalfar.

—¡Estamos salvados! — murmuré, y mis ojos se llenaron de lágrimas de alegría.

Rosa, dejando la horquilla, atravesó el caminito que separaba el alfalfar de la parva, para volver con nosotros. De pronto retrocedió, y se echó a correr por el campo; había visto a un indio, y lo que es peor, había sido vista por él. El indio había llegado sin ser notado, por el lado opuesto del galpón, y habiéndose acercado sigilosamente, la sorprendió en el momento en que dejaba la horquilla. Con un grito salvaje, espoleó su caballo, lanzándolo en pos de la fugitiva. En pocos trancos la alcanzó, levantándola sin esfuerzo, la colocó delante suyo, y manteniéndola con mano férrea, se alejó al galope largo.

Todo había sido tan rápido, tan inesperado, que no me di cuenta del horror de lo sucedido, sino cuando ya era tarde para intervenir.

¿Y qué hubiese podido hacer? ¿Gritar? ¿Llamar? Entonces otros indios, rezagados, hubieran podido oírme, y me hubieran llevado, junto con el niño. ¿No le había jurado a Rosa no chistar, no moverme, pase lo que pase? Había, pues, cumplido mi promesa... Pero, algo más me había dicho mi hermana: "Reza en tu corazón, para que salga bien lo que voy a emprender"... y eso yo no lo había hecho. Atenta a los movi-



mientos de Rosa, había estado mirando tontamente, sin rezar ni pensar en nada, como hubiesen mirado una vaca, un ternero, un pájaro, que no pueden rezar como yo hubiera podido hacerlo en esos momentos de angustia. Por eso, seguramente, Dios había permitido que el indio se llevara a mi querida Rosa. Era mi culpa, era mi culpa...

Entonces me arrodillé, y juntando las manos, dije:

—¡Dios mío! Perdóname el haber olvidado un momento que Tú puedes librarnos de todos los peligros. Permite que mi hermana sea salvada, y toda mi vida la pasaré agradeciendo Tus bondades. Santa Madre de Dios, ruega por nosotros. Y tú, Santa Rosa de Lima, patrona de mi hermana, te prometo escribir tu nombre veinte veces cada día, durante nueve días, en mi cuaderno nuevo, con mi letra más aplicada, si haces escapar a mi hermana de los terribles indios.

Y así quedé, temblando y llorando, al lado del niño amor-dazado y dormido. Un silencio profundo me rodeaba, un silencio tan absoluto que me hacía temer lo peor. ¿Mi madre? ¿Casilda? ¿Los demás habitantes de la estancia? ¿Qué había sido de todos ellos?

A lo lejos sonó un tiro de revólver; luego nada más. ¿Habrían atacado los indios alguna otra población?

El silencio reinó de nuevo. El cansancio y las emociones me vencieron y acabé por quedarme dormida al lado del niño.

.....

¡Luciana! ¡Luciana! ¡Lu-ci-a-na!

Voces gritando mi nombre me despiertan sobresaltada.

—Espera, papá; voy a ver si ya se ha ido.

¿Qué?... Debo estar soñando. ¿No es esa la voz de Rosa? ¿Y la de mi padre, que contesta?:

—Subiremos contigo. Bernardo, tomá las riendas.

Ruido de pasos, el relincho de un caballo, crujidos de las escaleritas por las que trepan Don Tomás y mi padre, guiados por Rosa; y me ven boquiabierta y azorada, el cabello erizado de briznas de paja, enmudecida por la sorpresa.

Y mientras don Tomás desataba los pañuelos que inmovilizaron al niño, y lo levantaba en sus brazos para llevárselo a doña Panchita, que esperaba impaciente al pie de la parva;

mi padre, Rosa y yo formamos un grupo compacto del que salen palabras incoherentes, llantos y risas. Me tiran y me empujan hacia abajo, y en un momento estamos todos sentados dentro de la “americana” y vamos en dirección a las casas. Preguntas y respuestas se cruzan; todos hablamos a un tiempo y nadie escucha.

En las casas nos reciben con gritos de júbilo. Habían temido que los indios nos hubiesen llevado a los tres, Rosa, el niño y yo; y creían que no nos volverían a ver nunca más. Todos los habitantes se habían podido salvar, encerrándose en la casa grande de material, con techo de tejas, que los indios, por consiguiente, no habían podido incendiar.

Más tarde con calma, Rosa me contó cómo fué salvada:

El indio que la llevaba apuraba a su caballo, deseando alcanzar a sus compañeros; y ella, aterrada, desesperada, trataba en vano de deslizarse al suelo. Iban tan rápido, que no le quedaban casi esperanzas de ser alcanzada y socorrida por sus amigos. De pronto el caballo pisó una vizcachera y rodó con sus dos jinetes. Ellos no se lastimaron, pero el caballo quedó tan manco que fué imposible hacerlo galopar, pues por poco se caía a cada paso.

En esa forma quedaron tan rezagados, que los del coche a la vuelta del pueblo, los vieron desde lejos a la luz de la luna, y acercándose le dieron la voz de alto. Entonces el indio los esperó, y tomando a Rosa como escudo, es decir, disimulando su cuerpo detrás del de ella, para que no se animaran a tirarle con bala, levantó un cuchillo y gritó:

—Si blanco matar indio, indio matar mujer, antes.

—Devuélvenos la niña y tendrás la vida salva — dijo don Tomás.

—Indio con vida es poco. Hombre blanco dar al indio un caballo.

—Bueno — contestó don Tomás. Te daremos también un caballo, pero dime primero dónde están la otra niña y las mujeres de la estancia.

—Indio no ver mujer, indio no ver niña. Esta sola.

—Bueno, si no has mentido te daremos lo que pides. Suelta a tu cautiva.



—Indio no mentir nunca, hombre blanco miente.

—¿No te basta mi palabra? — dijo don Tomás.

—No; mejor matar y morir matando — dijo el indio, y como levantaba de nuevo el cuchillo para clavarlo en la espalda de Rosa, sonó un tiro, y el brazo atravesado por la bala, cayó inerte, dejando escapar el cuchillo.

Era Bernardo, el peón. Como venía detrás del coche, había podido bajar y gatear entre los matorrales sin ser visto, hasta llegar a un costado de la niña y del indio, mientras éste hablaba con don Tomás. El indio herido fué traído prisionero a la estancia.

—¿Y qué castigo le dieron? — preguntó Chichita.

—Ya estaba suficientemente castigado con tener el brazo roto. Lo curaron y lo cuidaron mucho tiempo. Y mientras lo curaban, se dió cuenta que no todos los hombres blancos eran malos. Se convirtió al catolicismo, y más tarde nos trajo otros amigos indios de su tribu para que le enseñáramos el catecismo y los bautizáramos.

—Y entonces ustedes se convencieron de que tampoco todos los indios son malos —terminó sentenciosamente Toto—. Ahora comprendo por qué Granpapá dice siempre que sin Luciana, no estaría en este mundo.

—¿Dirás todavía que las mujeres no sirven para nada? — concluyó Chichita, roja de emoción.



142

Inspiración de Navidad

Era el 24 de Diciembre, la víspera de Navidad. Llovía, y lo que es peor había lloviznado toda la mañana. Toto y Chichita, la nariz apoyada contra los vidrios de la

galería cerrada, contemplaban los charquitos que se habían formado en la calle de eucaliptus.

—Fíjate Toto, cada gota que cae en un charco, parece que vuelve a saltar hacia arriba.

—No es la que cae, la que vuelve a saltar, son otras que salpican.

—¿Cómo sabés?

—Porque me he fijado que lo mismo salpican cuando tiro una piedrita en un charco, y sin embargo la piedra se va al fondo. Y Toto muy satisfecho de sí mismo pasó la mano sobre el vidrio que se había empañado con su aliento.

Chichita lo miró de reojo y le dijo con malicia:

—Te crees que te fijás en todo, pero hay algo en que no te has fijado.

—¿En qué?

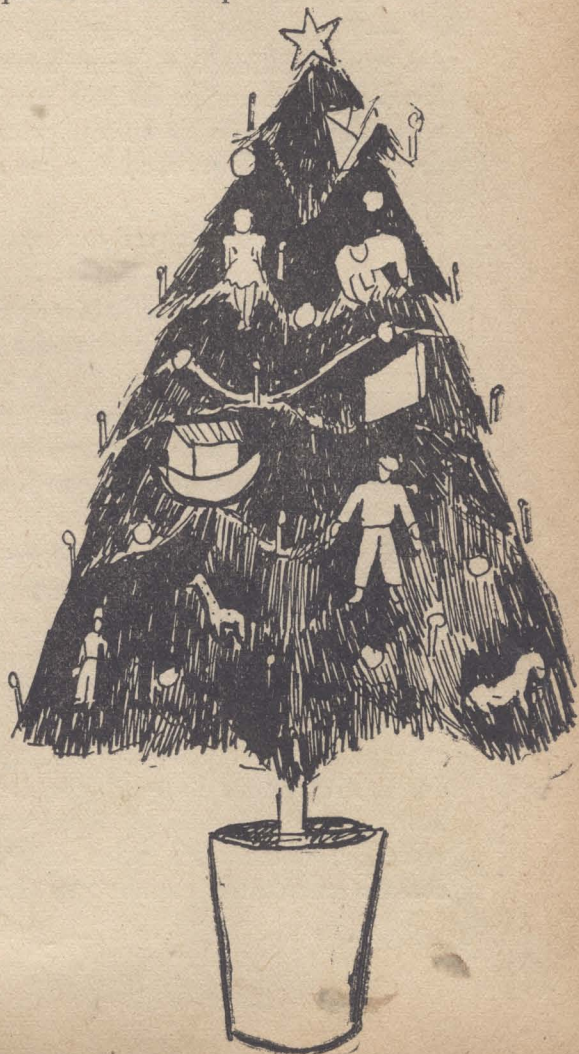
—En el ropero grande que está en el corredor.

—¿Y qué tiene el ropero que sea distinto de lo que es siempre? dijo Toto un poco impacientado.

—Tiene la llave puesta.

—¡La llave puesta! ¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana a las once. Al venir a jugar aquí por el corredor,



la vi bien colocada en la cerradura. No te dije nada porque Luisa estaba con nosotros, y podía pensar que éramos unos curiosos, y queríamos saber qué había dentro del ropero.

—No hubiera pensado más que la verdad, observó Toto burlescamente.

Hacía una semana que don Román, el padre de Toto y Chichita, había regresado de un corto viaje a la Capital con tres valijones, y cuando el mucamó quiso transportarlos al dormitorio le ordenó:

“Colóquelos en el corredor, al lado del ropero grande, los vaciaremos luego cuando los chicos estén dormidos”. Al día siguiente ya no estaban los valijones, ni tampoco la llave del ropero herméticamente cerrado; era, pues, evidente que el ropero contenía lo que habían contenido los valijones. ¿Pero qué?

—Y otra cosa más, continuó Chichita, esta mañana cuando me estaba vistiendo vi pasar frente a mi ventana, a Francisco llevando la carretilla de leña para la cocina, y en vez de volver al galpón de las herramientas con la carretilla vacía como de costumbre, llevaba en ella un alto de paquetes tapados con una lona.

—¿Cómo pudiste ver que eran paquetes si iban cubiertos con una lona?

—Porque la lona se había corrido un poco, y alcancé a ver la esquina de una caja envuelta en papel marrón. ¿Qué te parece?

—Me parece, dijo Toto reflexionando, que esos paquetes estarían en el ropero mientras estuvo cerrado con llave. Pero no me explico por qué los han llevado al galpón de las herramientas.

El galpón de que hablaban estaba situado a doscientos metros de la casa principal de la estancia, en él se guardaban palas, horquillas de emparvar, azadas y piquetas; grande ganchos en la pared sostenían toda clase de instrumentos necesarios al trabajo del campo. En un costado había un banco de carpintero, un torno, y la pared de ese lado parecía un muestrario de serruchos, hachas, martillos y tenazas de todos tamaños. Era una de las diversiones de los chicos, ir a mirar a Bernabé el carpintero, cuando pasando el filoso cepillo sobre una tabla hacía volar las virutas; los rulos de madera, decía Chichita, y les contaba cuentos de cuando era chico.

“¡Qué fastidio que esté lloviendo tan fuerte, no hay caso de que nos dejen salir. Si así no fuera, te aseguro que descubriría pronto el misterio de los paquetes!”, exclamó Toto, “pero como no podemos sino quedarnos jugando aquí, lo mejor es no pensar más en esas cosas. Vamos a armar las vías de mi trencito, y jugaremos al accidente ferroviario”. El juego consistía en lanzar la máquina con toda su cuerda, seguida de la carbonera y dos vagones sin techo llenos de hombrecitos de cartón recortado, y a la mitad de la vuelta Toto colocaba sobre uno de los rieles un palito, una piedra o sencillamente su propio dedo. El resultado era siempre catastrófico, la máquina se volcaba, las ruedas hacia arriba giraban moviendo los pistones con rapidez vertiginosa, y los vagones desparramaban su carga de hombres y mujeres de cartón. Entonces Chichita se transformaba en la enfermera, curaba a los accidentados, y les ponía vendas de papel finito sobre las supuestas heridas; mientras Toto era el personal de mecánicos de la empresa, que venía a componer la máquina y los vagones, y a despejar la vía para el próximo tren.

El día les resultó un poco largo, deseaban que llegase la hora de irse a dormir, cosa que les sucedía únicamente la víspera de Navidad cada año. Esa noche ponían cada uno un zapato frente a la chimenea del comedor, y dentro del zapato una carta destinada a San Nicolás, el buen santo que reparte los juguetes a los niños. Por fin llegó el momento ansiado y se quedaron dormidos.

Un viento fuerte sopló toda la noche, llevándose las nubes, y el 25 amaneció con un sol radiante. Los chicos, levantados más temprano que de costumbre, corrieron al comedor para ver qué juguetes encontrarían junto a sus zapatos. Para Chichita, había una caja de pintura, con varios cuadernos de figuras para colorear, una camita y un juego de té de loza floreada para Marilú su muñeca. Para Toto una caja de útiles de carpintero, una pelota de fútbol, y varios libros de aventuras



por Julio Verne. Después de presenciar la alegría de los chicos el papá los llamó:

—Veo que están Uds. muy contentos de lo mucho que los han mimado, pero deben acordarse de que hay otros chicos que no han tenido la misma suerte...

—Los que se han portado mal, interrumpió Chichita.

—Algunos. Y otros que se portan bien pero tienen padres muy pobres para poder comprarles juguetes. Esta tarde después de la siesta van a venir quince chicos, hijos de los puesteros vecinos; habrá una fiestita y los vamos a agasajar; cuento con Uds. para dar el ejemplo de una conducta impecable.

—¿Qué fiesta, papá? ¿Qué vamos a hacer en esa fiesta? No hemos preparado nada.

—Tu mamá, tus tíos y yo nos hemos encargado de los preparativos. Esta tarde a las cuatro, he citado a los invitados frente al galpón de las herramientas.

.....

Desde las tres ya fueron llegando, varones y mujercitas de cinco a diez años. Los unos con el pelo ungido de aceite para asentar las mechas rebeldes, las otras con trenzas tan apretadas que la extremidad se levantaba, "como cuernos de vaca mal colocados", pensó el incorregible criticón de Toto, "cuernos con un moñito en cada punta". Toto y Chichita los conocían a todos; los mayores venían a aprender catecismo con la tía Clara durante el verano, y los pequeños salían siempre a saludar a Toto y Chichita cuando pasaban por los ranchos en sus paseos a caballo, pues sabían que los saludos eran retribuidos con alguna galletita o caramelo llevados con esa intención.

—¿Ya han llegado todos?, preguntó don Román cuando tocaron las cuatro en el reloj de pared del vestíbulo.

—Sí. Ya están los quince con los nuestros, a la sombra de los nogales, frente al galón. Podemos ir a abrir las puertas, dijo la tía Clara.

Recomendando a los niños que no se atropellaran, y entraran juiciosamente, corrieron el portón del galpón, pero la recomendación estaba de más, la timidez y la admiración los sobrecogían de tal modo, que penetraron todos los niños como en una iglesia, a pasos lentos.

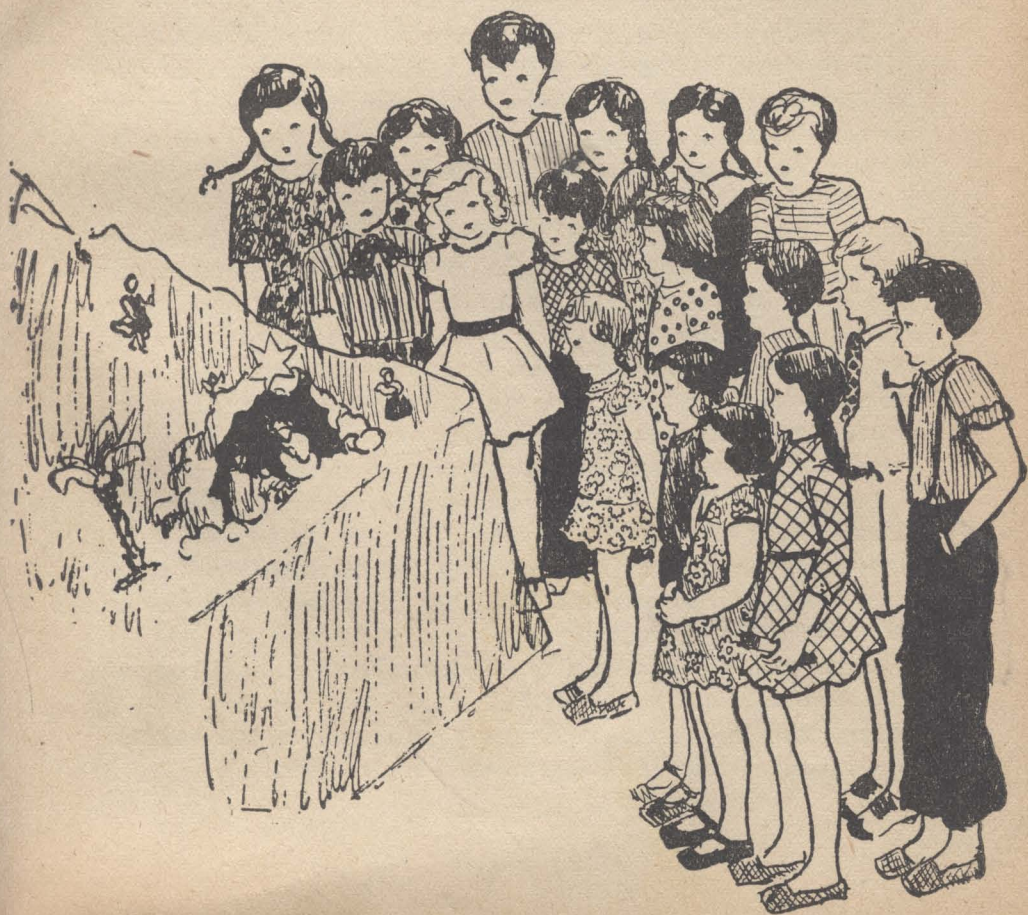
¡Qué espectáculo! En el medio del local, un pino, un pino enorme, con velitas encendidas en la extremidad de sus ramas,

y colgando de esas ramas, un sinnúmero de juguetes: muñequitas, barquitos, animalitos de todas clases, piñas de chocolate envueltas en papel plateado, globitos de vidrio de todos colores, que brillando reflejaban las luces, cornetas adornadas con cintas. ¿Qué no había?

Toto dando un codazo a Chichita para llamar la atención, murmuró:

—¡Ves ahora lo que habían escondido en el ropero, eran los juguetes, y el Nacimiento!

En la esquina, donde se encontraba de costumbre el banco de trabajo del carpintero, había ahora una gruta, tan bien imitada que parecía de rocas verdaderas, aunque era de papel marrón; en la gruta, un pesebre en el que descansaba un precioso Niño Jesús de cera, rodeado de San José, la Virgen, los Pastores arrodillados, y un poco más abajo, los rebaños de ovejas blancas y negras, y la caravana de los Reyes Magos, montados sobre





camellos, ascendiendo la ladera de la montaña por un camino tortuoso sembrado de florecillas silvestres.

Los chicos miraban el Nacimiento con silenciosa admiración, mientras la tía Clara les explicaba que el Misterio allí representado era la causa de la fiesta.

En el lado opuesto, una mesa larga con bancos de cada lado, cubierta de toda clase de masitas y golosinas, y otra en que habían ocho “bebes malcriados” primorosamente vestidos por las tías, llevando cada uno un babero con el nombre de la niña a quien iba a pertenecer: Rosita, Mariuchi, Ana, Camila, Edita, Ramona, Basilia y Chichita. Para los muchachitos y para Toto habían revólveres de cebas, y cintos con cartucheras para llevarlos, y un rebenque por barba, pues todos eran jinetes. El galpón había sido vaciado de los instrumentos de labranza, y sus paredes desaparecían bajo guirnaldas de flores de papel, ramas verdes y guías doradas. Luego de admirar, los niños fueron instalados ante la mesa y se atracaron de naranjada efervescente y de masitas, sin perder de vista el árbol de Navidad.

El papá y los tíos procedieron a apagar las velas, para evitar el posible incendio del árbol. Cuando hubieron concluido, don Román declaró:

—Ahora vayan a jugar con los juguetes que ya tienen. Luego repartiré los que están colgados del árbol, antes de que se retiren a sus casas.

Los varones corrieron afuera. Las chicas siguieron con sus “bebes malcriados” en los brazos.

—Vamos a jugar a vigilantes y ladrones, ya que estamos bien armados, dijo Toto, esgrimiendo su revólver.

—Sí, gritó Ciriaco, el mayor de los varones, “yo soy Gorra Colorada”, el ladrón de gallinas.

—Y yo, gritó otro algo menor, seré “El vasco Miguel”, el cuatrero que siempre escapa a las patrullas policiales.

—Y yo “Pancho el vivo”, ese que carnea las vaquillonas cortándoles un garrón primero para que no puedan disparar, y después se lleva las lonjas y un cacho del lomo para un asado. No hay quien lo pesque...

—¡Silencio! “Yo soy el comisario”, dijo Toto. Vengan y pónganse en fila. Bueno, los cuatro más grandes serán los policías, porque siendo los que defienden a la gente buena, deben ganar. Los cuatro más chicos serán los ladrones, así después del robo, por más que corran, siempre los podremos alcanzar, y castigar. ¡He dicho! ¡Rompan filas!

—Y nosotras, podríamos jugar a las escondidas, dijo Chichita.

—Bueno. ¿Quién busca?, preguntó Rosita.

—Podrían buscar dos, mientras se esconden las otras seis. Yo voy a ver quiénes salen, y Chichita empezó, tocando a cada una de las niñas en rueda, al compás de las sílabas canturreadas:

“Zapatito de charol
Botellita de licor,
Hay de menta, hay de rosa
Para mi querida esposa”.

—Salió Ramona. Ahora otra vuelta a ver quién busca con ella.

“El anillo que me diste
Fué de vidrio y se quebró,
El amor que me tuviste
Fué poquito y se acabó”.

—Esta vez salí yo. Muy bien, Ramona y yo buscamos. ¿Qué les parece que dejemos los bebes al pie del sauce grande, para poder correr sin peligro de romperlos?

—Eso es, sentaditos en fila alrededor del sauce, dijo Basilia, y colocó su bebe al lado del de Chichita y las otras la imitaron, menos Rosita, que declaró:

—¡Cualquier día lo dejo! Me lo van a quitar. Yo me voy a esconder con él.

—Como quieras, observó Chichita; pero no vas a poder correr tan ligero como nosotras. Pero Rosita se alejó sin dejarse convencer, y Ramona y Chichita, tapándose los ojos empezaron a contar hasta veinte mientras las otras se escondían.

—¡Ya...! ¡Ya...! ¡Ya...! Las voces venían de sitios opuestos. Las buscadoras se adelantaron entre los árboles con cautela, separándose a poco para sorprender mejor y atajar a las que quisieran llegar a la meta sin ser vistas. Ramona percibió a Rosita, agazapada detrás de un laurel, se le acercó tratando de no hacer ruido, pero Rosita disparó a tiempo, en el momento que cruzaban Edita y Ana perseguidas por Chichita que gritó: “¡Atajalas Ramona! ¡Auxilio! ¡Con las dos no puedo!”

Ramona se precipitó a socorrerla y Rosita aprovechó para enderezar hacia la meta solitaria, el eucaliptus al lado del cual habían contado hasta veinte. Ligera como una gama, salvó todos los obstáculos, mas, a dos metros de la llegada tropezó con una de las gruesas raíces, que serpenteaban en la tierra húmeda y cayó largo a largo, mientras la cabecita del muñeco daba contra el tronco y se hacía mil pedazos...

El primer movimiento de toda chica, hubiese sido ponerse a llorar a gritos, pero Rosita estaba acostumbrada en su casa a no llorar, pues el padre de ella, un vasco muy fuerte, tenía por sistema dar unos cuantos coscorriones en cuanto una hija suya derramaba una lágrima. “Ya que no son hombres, por lo menos que se porten como si lo fuesen. Los hombres no lloran”, decía. Rosita no lloró. Consternada miró a su muñeca rota, sin atinar a levantarse siquiera, luego se incorporó, tomó entre sus brazos al cuerpecito decapitado y lo estrechó contra su pecho. Sus ojos se fijaron entonces en la hilera de “bebes” enteros y sonrientes, sentados al pie del sauce con sus baberos bordados. Y tuvo una idea. Una idea atroz: Miró a su alrededor a ver si nadie la había visto. Nadie. Allá lejos se oían las voces de las chicas riéndose. Quitándole el babero al muñeco roto se acercó a los otros, tomó el que tenía el nombre de “Ramona” bordado, le quitó también el babero y le puso en cambio el que decía “Rosita”; luego colocando el muñeco roto con el babero “Ramona” en la fila, se alejó dando una vuelta para dar tiempo a sus compañeras de llegar antes que ella a la meta, haciéndose la desentendida, y estrechando entre sus brazos un bebe que no le pertenecía.



Le pareció oír un crujido de ramas secas, y se apuró, ya estaba a más de veinte metros de la meta, al doblar la esquina de la calle de eucaliptus, se perdería de vista.

Un ruido de pasos precipitados detrás de ella, una voz que le gritó: “¡Alto ahí, bribona!”, la detuvo. Pálida, temblorosa, el corazón dando tumbo en su pecho, Rosita se volvió hacia el que la interpelaba: Toto, con el revólver en una mano y el rebenque en la otra. Abrió ella la boca para defenderse, pero no salió ningún sonido, y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

Toto cruzó los brazos:

—Estaba yo en las ramas del ombú viejo, para divisar si volvían mis agentes, que habían salido a perseguir cuatreritos, y he presenciado desde allí tu fea acción. En calidad de comisario, te llevo presa, y te condeno a devolver el bien robado. He dicho. En marcha, a paso redoblado”. Y como ella se quedaba todavía inmóvil, atónita, la tomó del brazo y la impulsó hacia el punto de reunión de las otras chicas, caminando al lado de ella, morochita y menuda, la cabeza gacha por la vergüenza y el dolor.

Ya estaban todas las compañeras junto al sauce. Chichita, que sostenía por una pierna al bebe decapitado, les gritó: “Fíjense qué poca suerte, debe haber pasado por aquí “Sultán” el perro y hecho caer mi muñeco, ¡lo hemos encontrado con la cabeza rota!”

—¡Tu muñeco! Quieres decir el de... Pero Chichita no le dió tiempo de concluir:

—¡Sí, Toto! Mi “bebe”, mirá, el babero lleva mi nombre. Y dándose vuelta hacia las chicas:

—Vayan a esconderse otra vez, ahora buscaremos Rosita y yo. Toto, por favor, andate y dejanos jugar. Andá, el comisario debe quedarse en la comisaría.

Pero Toto muy serio y llevándola un poco aparte, le contestó:

—Decime primero la verdad, ahora que no nos oyen.

—La verdad, dijo Chichita riéndose, es muy sencilla. Edita y Ana se me habían escapado, yo me vine a la meta para agarrarlas cuando llegaran, y me encontré con el bebe de Ramona

sin cabeza. Le cambié el babero, y así resultó que el mío se volvió el de ella, y me quedé con el bebe roto. La risa de Chichita era un poco forzada, sus ojos dejaron escapar dos lágrimas. “Tengo una tierra en el ojo... Prestame tu pañuelo, Toto, se me ha perdido el mío...” Toto se lo alcanzó y acercándose le dijo al oído:

—Sabés que no fué Sultán el que rompió el muñeco.

Y Chichita, la cara hundida en el pañuelo, murmuró:

—Ya me lo imaginaba, y cuando te ví llegar con Rosita, comprendí lo que había pasado. No digás nada, creo que el susto que ha tenido, y los remordimientos que seguirá teniendo, son suficiente castigo.

—Me callaré ahora, cuchicheó Toto para que Rosita no pudiese oír, pero más tarde, cuando se hayan ido las visitas, le contaré a mamá que tiene una hija santa.

—No seas pavo, Toto, sé que hubieras hecho otro tanto, repuso Chichita devolviéndole el pañuelo.

—Rosita, mejor es que dejés a tu bebe junto con los otros, hasta que acabemos de jugar, no te vaya a pasar lo mismo... que me pasó a mí, añadió con soltura.

Rosita obedeció, luego vino hacia Chichita y Toto y dijo, respirando con dificultad: “Juro por Dios, que no lo haré nunca más”. Y a pesar de las teorías del vasco, se puso a sollozar como cualquier chica mimada...

Al final de la tarde, después de la repartición de juguetes, se fueron todos con los papás y las mamás en carritos o “charrés”, todos reían y charlaban alegremente, pero Rosita, acurrucada entre su padre “el vasco” y Ciriaco su hermano, iba tan callada que parecía dormida, a no ser por sus ojos tan abiertos.

—¿Tienes sueño, nescacha?, preguntó el vasco.

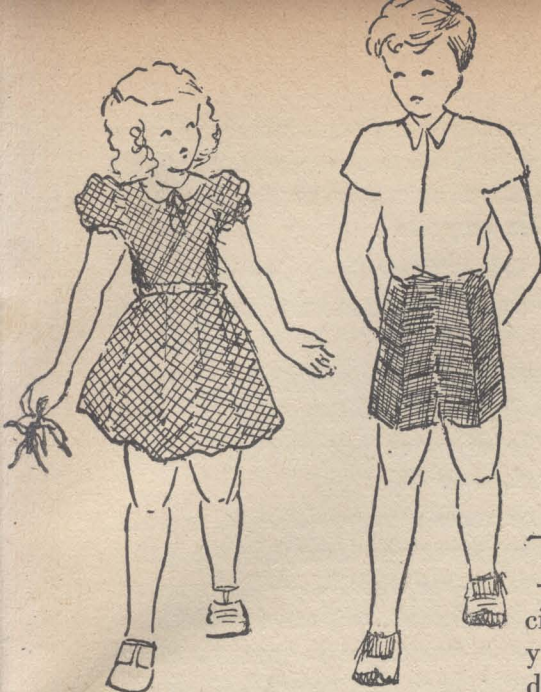
—No, tata; nunca más voy a tener sueño. ¡He visto tantas cosas!

—Tantas cosas lindas, sí, sí, dijo el padre.

—Sí, lindísimas, agregó la chiquilla juntando las manos.

Pero ambos se referían a cosas distintas.





El Fantasma de la Laguna

TOTO y Chichita habían concluido de tomar la leche recién ordeñada, en grandes vasos y Luisa la niñera de la nena les dijo:

—“Ahora vayan a comer sus galletitas al jardín, pero quédense a la sombra, hasta que el sol baje un poco, hace mucho calor”.

Se alejaron despacio por la larga avenida de eucaliptos. Cuando estuvieron fuera del alcance de los oídos de Luisa, Chichita acercándose a su hermano le preguntó:

—“¿Serías capaz de guardar un secreto?”

—“Un secreto y muchos secretos. ¿Qué te pasa? ¿A que has hecho una pavada?”

—“No, Toto, no hice ninguna pavada, es algo que he oído”.

—“¡Muy bonito! ¡Escuchando atrás de las puertas!”

—“Pero si no ha sido atrás de ninguna puerta”, protestó Chichita, colorada de indignación, “merecés que no te diga nada, por mal pensado”.

—“Era una broma, no te enojés y contame”, dijo Toto.

—“Bueno fué así. Esta mañana fuí al gallinero cuando Francisco les llevaba el maíz a los pollos. Vino el tío Jorge, y se extrañó al no ver el gallo grande color leonado”.

—“Leonado no es un color, no sabés hablar”.

—“Sí, es un color. Francisco dice: las gallinas leonadas, los pollos leonados”.

—“No discutás y seguí contando”.

—“Si querés que te siga contando no me interrumpás: Francisco le contestó al tío Jorge: Se lo llevó la comadreja, la misma que vez pasada se llevó la gallina clueca y se perdieron los huevos que tenían doce días de empolle”.

Toto abrió la boca para decirle: “Querrás decir que llevaba doce días empollando”. Pero había prometido no interrumpir. Chichita continuó:

—“Entonces tío Jorge le preguntó cómo sabía que era la misma comadreja, y Francisco dijo que la había visto irse por la laguna chica. Y tío Jorge le dijo que por qué no le pegó un tiro ya que la vió, y Francisco le dijo:

—“Sí señor, la seguí las dos veces aunque de lejos, la veía clarito a la luz de la luna, pero cada vez que levanté la escopeta, se me apareció la sombra negra, y me volví”. —“La sombra negra, dijo el tío, la tenés en la cabeza”, y Francisco le contestó: “No señor, andaba dando la vuelta de la laguna, cerca del rancho del puestero que murió hace dos meses”. “Mirá”, dijo el tío, “esta noche cuando salga la luna iremos los dos a escondernos entre los sauces que están del otro lado, le pegaremos un tiro a la comadreja y un buen susto a la sombra negra. Debe ser algún ladrón de gallinas que se hace el vivo. Pero no contés a nadie que nos vamos a esconder, por si es alguno de los peones de aquí”. Francisco no contestó nada ¡pero puso una cara!”

—“Cómo, ¿puso una cara? ¿Dónde la puso?”, interrumpió Toto riéndose.

—“Quiero decir pareció asustado. ¿No creés que tal vez tenga razón y que esa sombra negra sea un fantasma?”

—“Si a tío Jorge le parece que es un ladrón o un chistoso, así debe ser. Le voy a pedir que me lleve con ellos esta noche”.

—“No le vas a pedir eso, va a creer que el pobre Francisco te contó, y si le decís que fuí yo, le extrañará verme tan cuentera”.

—“Todas las mujeres son indiscretas”, dijo el muy petulante del muchachito, “si no lo fueras no me hubieras repetido el cuento. Pero no te quiero traicionar. Tengo una idea, iré sin decirles nada, y tal vez pueda ayudarlos a atrapar al ladrón”.

—“¡Toto! ¿Vas a atreverte a ir solo en el medio de la noche?”

—“Tío Jorge dijo que irían cuando salga la luna, ayer salió antes de que nos mandaran a la cama, como la luna sale cada noche menos de una hora más tarde, hoy saldrá a las 9. Eso no es el medio de la noche”.

—“¡Toto! ¿Cómo sabés tantas cosas? Yo creo que nunca podré acordarme a qué hora sale la luna cada noche, y el sol cada día! ¿Pero te animarás a salir?”

—“¿Y por qué no? La laguna es bien cerca y andar por aquí es como andar por la casa para mí! Y ahora no hablés ni una palabra de este asunto para que no sepan cómo he sabido, que ahí viene Luisa”.

Esa noche, después de comer (comían antes que los grandes), Toto se fué a acostar, como siempre, muy temprano, al mismo tiempo que Chichita. Tenían cuartos contiguos; en el de Chichita dormía también la niñera, pero ésta no venía a acostarse hasta las once. En cuanto Luisa se hubo retirado a comer, habiendo cerrado herméticamente los postigos y echado los cerrojos de las puertas que daban a la galería, Toto se levantó y, subiéndose a una silla, descorrió el pasador de la suya y entreabrió el postigo, para poder ver cuando saliera la luna. La espera le pareció muy larga, se le cerraban los ojos, se quedaba sentado en la cama pellizcándose para no dormir;



para despejarse se vistió. Por fin vislumbró una claridad entre los árboles, y se deslizó hacia afuera después de haber arreglado los postigos, como los había dejado Luisa, sumiendo el dormitorio en completa oscuridad.

Cruzó el jardín, y tomó la calle de álamos que costeara el gallinero. No veía al tío Jorge ni a Francisco, aunque se daba vuelta para tratar de divisarlos. Hasta se echó al suelo y apoyó la oreja en tierra, para oír las pisadas, como había leído que hacían los indios para saber si venían enemigos a caballo. Luego pensó: “¡Qué tonto soy! No puedo verlos ya que ellos iban a ir escondiéndose y sin hacer ruido. Para no incomodarlos, iré al rancho del puestero, en vez de ir como ellos a la orilla de enfrente... Así los ayudaré mejor, no dejando que el ladrón se escape por ese lado”.

La calle de álamos terminaba en una tranquera. Toto se trepó a los travesaños blancos, y pasó por encima. Ahora estaba en el potrero, unos minutos de marcha por la estrecha huella, entre pajonales, lo llevarían hasta el rancho. A su derecha otra huella más ancha llevaba, dando un rodeo, al grupo de árboles donde pensaban emboscarse el tío Jorge y el quintero.

La noche clara le permitió caminar sin tropiezo. De cuando en cuando un cuis se deslizaba entre los yuyos, haciéndolos crujir como si fuesen las pisadas de un cristiano; Toto se agachaba y se quedaba inmóvil hasta que se daba cuenta de la causa del ruido, luego seguía. Un buho de cara muy blanca, posado sobre un poste le pareció ser un hombre flaco, y se detuvo con el corazón dando saltos, pero el buho abrió sus grandes alas, y se alejó volando, mientras Toto se reía de su momentáneo temor. Por fin el rancho apareció a su vista. En él vivían la viuda del puestero y sus tres hijitos; todos parecían dormir, pues no se vislumbraba otra luz que la de la luna alumbrando el techo de paja y las paredes barroas, dejando el angosto alero muy oscuro por la sombra proyectada.

—“Ahí nomás me voy a esconder”, pensó Toto, “y no seré visto ni por el ladrón, ni por el tío, en cambio veré todo lo que pase, y podré ayudar”.

Entrando bajo el alero, se sentó en el suelo, la espalda apoyada contra la pared del rancho. “¡Qué raro!”, pensó. “Blan, el perro de la puestera, no me ha hecho fiestas como

cuando lo venía a visitar al pobre Agapito el verano pasado. Es verdad que este año no hemos venido al puesto ninguna vez. Gran mamá decía que la viuda estaba muy triste desde la muerte de Agapito, y que era mejor que no la oyéramos decir cosas contra Dios por haberle quitado su marido. Seguramente Dios se lo llevó a Agapito porque era demasiado bueno para seguir viviendo con una mujer tan mala. Si Dios lo deja con ella quién sabe si ella no le hubiera enseñado a criticar sus órdenes; espero que los chiquitos no la entiendan. No, no la han de entender... Pedrito no tiene cuatro años, Maruja tiene dos y el bebito unos meses... después, yo les voy a enseñar el Catecismo, para que sepan qué bueno es Dios"... Pensando en todo esto, no perdía de vista el objeto de su expedición, es decir observaba atentamente la laguna y sus alrededores. Nada se movía. El agua tranquila reflejaba como un espejo el cielo con sus pálidas estrellitas, su luna inmensa y redonda, y allá lejos, frente a él, el grupo de sauces donde estaría emboscado el tío Jorge.

Dentro del rancho, alguien se movió. Toto oyó un ir y venir, ruido de ramas secas, y crujiditos como cuando uno quiebra un varita apoyando la rodilla en el medio y tirando con las dos manos. "La viuda está encendiendo el fuego. Será para calentarle la mamadera al bebe, no es hora de preparar comida, y no hace frío"... Luego un silencio. La puerta del rancho se abrió de pronto, una mujer alta, vestida de negro, salió. Toto la reconoció, era Cándida, la viuda de Agapito el puestero; el instante en que se dió vuelta a cerrar la puerta, la claridad del fogón iluminó su rostro. Tenía los ojos fijos, el ceño fruncido como si estuviese muy enojada, algo tan extraño, en la expresión, que Toto, en vez de adelantarse a saludarla, se quedó inmóvil acurrucado en el rinconcito del alero donde se había disimulado. La mujer quedó un momento quieta ante la puerta cerrada, como pensando si volvía a entrar o no, luego lanzó una carcajada y exclamó: "Todos adentro, todos, ninguno se podrá escapar".

Y echó a andar con paso rápido hacia la laguna. Sus alpargatas amortiguaban de tal modo el ruido de sus pisadas, que parecía más bien deslizarse por la huella, como una sombra negra. Toto cavilando indeciso, trataba de explicarse el por qué de esa mis-



teriosa conducta, cuando un ladrido, más bien dicho, un aullido, partió del interior del rancho.

“Blan estaba encerrado, con razón no me había venido a recibir, y como llegué tan despacito, no me oyó, ni ladró”, pensaba Toto. “¿Qué le pasará, para aullar de ese modo?” Los aullidos seguían, angustiosos. La puestera no parecía oírlos, tal vez ya estaba fuera del alcance del sonido, se alejaba costearo la laguna, y su silueta se destacaba negra frente a las aguas plateadas por la claridad de la luna. “Ya que no vuelve, iré yo a ver qué es lo que pasa”, pensó Toto. Y abrió la puerta del rancho. ¡Fuego! Fuego y humo. Blan aullando, y estrangulándose a fuerza de tirar de la sólida cadena que lo mantenía atado al pie de la cama de hierro. En ella los dos chicos mayores, llorando y tosiendo, mal despiertos, no sabiendo si soñaban en esa nube de humo, frente a las llamaradas que, partiendo de la esquina del rancho donde acostumbraba estar la provisión de leñitas y cardos secos para encender el fuego, se elevaban hasta el techo.

Toto comprendió el peligro, y no titubeó. Gritó: “¡Fuego! ¡Fuego! ¡Socorro!”, con toda su voz. Luego aspiró una gran cantidad de aire, y murmurando con toda su alma: “¡Virgen Santísima, ayúdame a salvarlos!”, se lanzó corriendo hacia adentro. Tomó a Maruja por un brazo y a Pedrito por una pierna, los tiró de la cama, y los sacó a empujones al aire libre. Tomó aliento y corrió de nuevo hacia dentro. El bebito debía estar en la cuna, aunque el humo le impedía verlo. Toto imaginaba que la cuna estaría cerca de la cama grande. A tientas dió con ella, cogió al pequeño envuelto en sus mantas, y pudo salir con él sin tropiezo.

Pero todavía quedaba alguien por salvar: Blan, el que dió la alarma con sus aullidos, y que ahora gruñía débilmente. Dejando al pequeño sobre el pasto, al lado de Pedrito y Maruja, algo repuestos del susto, Toto entró por tercera vez.

El calor era sofocante. El fuego había tomado incremento, el techo ardía. Cerró los ojos llenos de lágrimas por la acritud del humo, y se arrodilló al lado del perro; lastimándose



los dedos con la pesada cadena, pudo por fin librarlo de ella.

Blan se arrastró hacia afuera. Toto quiso seguirlo pero le faltó el aire, el humo penetró en sus pulmones dándole un acceso de tos. Titubeó tratando de recobrar el aliento, y dió contra la pared en vez de franquear la puerta. Enceguecido, sofocado, cayó perdiendo el sentido.

.....

El tío Jorge con Francisco, habían salido sigilosamente después de las nueve y llegaron sin ser vistos a esconderse en el monte de sauces. El tío llevaba una escopeta. Desde el escondite se distinguía perfectamente el rancho y todo el contorno de la laguna lleno de juncos en los que anidaban muchos pájaros acuáticos. De pronto Francisco hundió su codo en las costillas del tío: “¡Ahí va la sombra negra, señor!”

—“No te movás”, dijo el tío, “vamos a dejarla acercarse para ver quién es”.

—“¿Y si fuera un ánima en pena, señor?”, dijo Francisco temblando.

—“¡No te hagás el otario!”, contestó el tío con impaciencia, “¿no has visto que es una persona que ha salido del rancho? Debe ser alguien que está en combinación con la viuda del puestero”.

—“Oiga, señor, un aullido ¿será la sombra?”, balbuceó Francisco.

—“¿No has oído nunca aullar los perros en las noches de luna? Es según creo el pasatiempo favorito de todos los canes del mundo”. Contestó el tío Jorge riéndose. “Sabés que parece doña Cándida la que viene hacia nosotros”.

En ese instante, en el rancho oscuro se abrió la puerta, iluminada por el fuego del interior, como la boca del horno del panadero. Frente a ella una silueta bajita se destacó, agitando los brazos, y una voz, la voz de un niño, gritó: “¡Fuego! ¡Fuego! ¡Socorro!”

—“¡Se quema el rancho!”, gritó el tío. “¡Corramos!”

Corrieron con toda la velocidad de que eran capaces. Rodeando la laguna, saltando juncos, chapaleando agua por cortar camino. Y la viuda, al verlos venir hacia ella, retrocedió asus-

tada, y se escapó atravesando el potrero diciendo: “¡Atrás! ¡Atrás! ¡Lucifer! ¡No quiero que me lleven al infierno!”

Llegaron por fin. Y vieron a Pedrito y Maruja mirando azorados al rancho en llamas, mientras el más pequeño tirado en el pasto cerca de ellos, berreaba con una fuerza que indicaba excelente salud. Blan ladraba frente a la puerta, luego corrió hacia los hombres, ladró mirándolos, y volvió a ladrar frente al rancho. Trataba de entrar y retrocedía gimiendo. Evidentemente quería hacerles entender algo. —“Debe haber quedado alguien más ahí dentro”, dijo el tío.

—“Sin embargo aquí están los tres chicos”, observó Francisco.

—“Voy a tratar de ver lo que es”.

El tío Jorge penetró en el rancho; a su izquierda, junto a la pared, distinguió un bulto entre la humareda. Se agachó, levantó el bulto en sus brazos preguntándose: “¿De dónde habrá salido éste?”

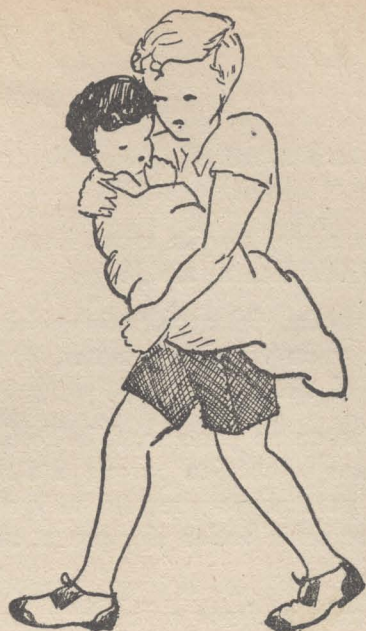
Lo llevó hasta la parte donde estaban Francisco y los otros chicos, y a la luz de la luna reconoció, en el chico desmayado a Toto, su sobrino. El aire y un poco de agua fresca en el rostro fueron suficientes para reanimar a Toto, que pudo contar su odisea en pocas palabras. El tío habló:

—“Tu Gran Mamá decidirá qué castigo mereces por haber salido de casa sin permiso. Pero hay que reconocer, que sin tu intervención estos tres chiquitos y el perro, podían haber muerto achicharrados. Francisco y yo, tal vez nos hubiésemos dado cuenta demasiado tarde de que el rancho ardía para poder llegar a tiempo y salvarlos. Francisco, andate hasta las casas y pediles que nos manden el Ford, y dos peones con caballos para poder buscar a la pobre Cándida por los potreros. La mujer está trastornada y la tendremos que internar en el hospital. Por lo pronto llevaremos los chicos a casa”.

Luego de muchos besos, retos, felicitaciones y comentarios, Toto fué bañado para quitarle la tierra y el olor a humo, y metido en cama para reponerse de tantas emociones, con una noche de sueño profundo.

Al día siguiente, Chichita, después de escuchar las aventuras de su hermano, le dijo:

—“¿Cómo te atreviste a ir solo a pesar de la sombra negra?”



—“¡Bah! Solamente los miedosos como Francisco y las chiquilinas como tú pueden creer en cuentos de fantasmas. Los hombres valientes sabemos que todos los aparecidos y las ánimas que andan por ahí son de carne y hueso”.

—“¿Cómo? ¿Entonces no hay ánimas?”, preguntó Chichita.

—“¡Claro que hay!”, contestó el chico, “pero están en el Purgatorio, sabés, y no se andan paseando por las lagunas. ¿No te acordás que el otro día fué el Día de los Fieles Difuntos? ¿Ves? ese día lo puso la Iglesia para que recemos por las ánimas...”

—“¡Ah, sí, ya sé, por eso Luisa decía: “el Día de las ánimas benditas”, concluyó la chiquilla.

EN LA PLAYA

El auto se detuvo sobre el camino de toscas, frente a la playa.

—¿Por qué no sigues por la arena hasta donde llegan las olas? — preguntó Chichita al tío Jorge.

—Porque las ruedas del auto patinan sobre la arena seca, se hunden en ella y en vez de adelantar, el auto se quedaría encajado, contestó el tío.

—Lo mismo que en un pantano, dijo Toto. ¡Qué gracioso!, en la arena los autos se encajan porque está muy seca y vuela, y en la tierra del pantano porque está muy mojada y se pega. Sabes que lo mejor sería andar siempre a caballo aquí en la estancia.

—Sí, pero cuando venimos a la playa, tardaríamos demasiado en el trayecto a caballo, y no tendrían Ustedes tiempo de bañarse. ¡Vamos! ¡Al agua patos!

Los chicos se bajaron del auto y corrieron hacia el mar. Venían con el traje de baño puesto, y llevaban palas y baldes.

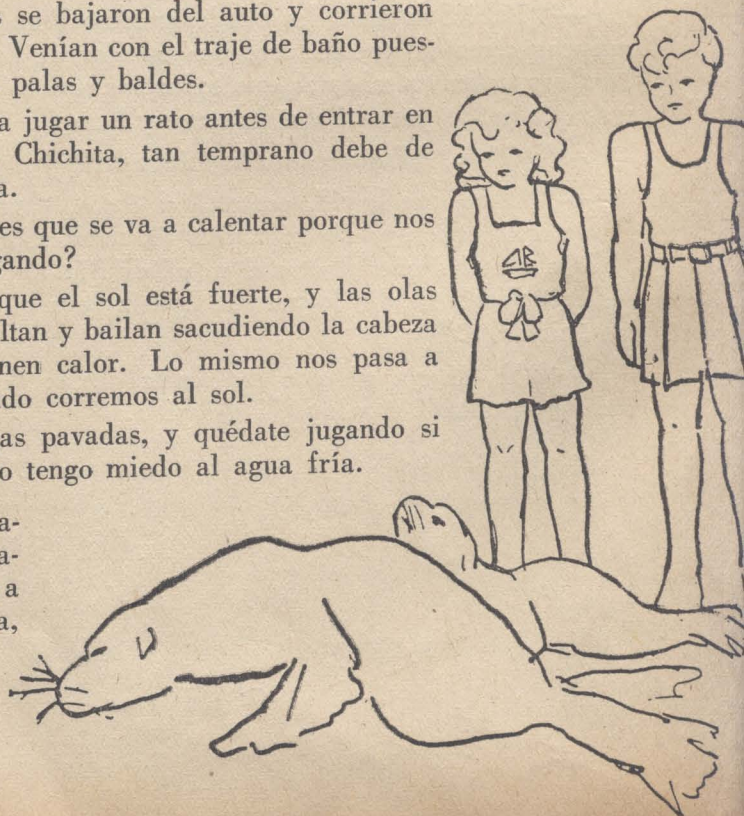
—Vamos a jugar un rato antes de entrar en el agua, dijo Chichita, tan temprano debe de estar muy fría.

—¿Te crees que se va a calentar porque nos quedemos jugando?

—Sí, porque el sol está fuerte, y las olas se mueven, saltan y bailan sacudiendo la cabeza hasta que tienen calor. Lo mismo nos pasa a nosotros cuando corremos al sol.

—No digas pavadas, y quédate jugando si quieres, yo no tengo miedo al agua fría.

Y Toto caminó resueltamente hasta que una ola,



estirándose por la arena pasó sobre sus pies descalzos. Un escalofrío lo hizo detenerse. Estaba rodeado de agua; frente a él un tropel de olas altas venían saltando y bailando, moviendo penachos de espuma, luego se inclinaban, parecían arrodillarse, acostarse, se hacían chiquitas al acercarse a sus pies.

“Al revés de las demás cosas, pensó Toto, que se agrandan al acercarse y se achican cuando se alejan”.

De pronto, entre la espuma de una ola muy alta, apareció una cabeza. Una cabeza con hocico largo y ojos oblicuos.

“¡Un pez con cabeza de perro! Mirá Chichita!” Pero Chichita con el ruido del mar no oía y seguía tranquilamente cavando un pozo en la orilla.

La cabeza desapareció bajo el agua, y volvió a aparecer más cerca; Toto emprendió una prudente retirada y corrió a llamar al tío que se había quedado en el automóvil: “¿No has visto Tío Jorge, allí hay un pez con cabeza de perro y orejas chiquitas?”

—¡Un lobo marino! exclamó el tío, y no tengo mi escopeta. ¡Qué lástima!

—¿Por qué no traes el lazo que está en el cajón del auto, tal vez lograrías enlazarlo?

—¡No me parece, dijo el tío riéndose, nunca he visto cazar focas a lazo!

A pesar de eso, abrió el cajón y sacó el lazo por hacerle el gusto a Toto.

Como cruzaban la playa vieron a Chichita corriendo despa-
vorida hacia ellos:

—¡Tío! ¡Tío! Un animal grande... grande como un caballo... salió del mar! Está allá acostado en la arena. ¡Tengo miedo!

—Chichita, no seas exagerada, dijo el tío, el animal no es ni siquiera del tamaño de un ternero. Vamos a acercarnos dando la vuelta, a ver si le podemos cortar la retirada y le impedimos volver hacia el mar. No griten y síganme.

Caminaron con cautela, haciendo un largo rodeo, sin dejar de observar a la foca. Esta se había arrastrado penosamente fuera del agua, y ya no se movía, pero a su lado un bultito intrigó a los chicos.

—Fijate, Tío Jorge, hay otro animal chiquito al lado del grande.

—Es un hijo de la foca seguramente. ¡Pero qué raro que ya no se muevan!

—El chiquito se mueve, Tío, la madre no.

—Entonces la madre debe estar enferma.

Efectivamente, al acercarse comprobaron que la foca estaba agonizando, la sangre manaba de una profunda lastimadura en un costado, respiraba aún, pero pronto quedó completamente inmóvil.

—Algún cazador la habrá herido. Se le escapó, pero sintiéndose morir, atinó a llegar a la orilla con su cría. ¡Qué suerte que haya venido a morir aquí!, dijo el tío. El lobito marino, ignorante del drama, se arrimaba a su progenitora sin preocuparse de los seres desconocidos que lo contemplaban y lo compadecían.

—¡Qué monada! exclamó Chichita.

—Lo encuentro bastante feíto, dijo Toto. Mirá que modo ridículo de moverse, con esa cola que parece dos pies atados con las puntas hacia afuera, y con esas aletas que no llegan a ser brazos; como los de las gallinitas de papel que nos arma Gran mamá.

—Pues a mí me gusta así como es, porque es chiquito y no sabe defenderse. Tío Jorge, por favor agarralo y lo llevaremos a casa, lo pondré en la cama de Marilú, mi muñeca, y le pediré a Luciana que me enseñe a darle la mamadera, como le da al chico del jardinero desde que se le murió la mamá.

—¡Ja! ¡Ja! exclamó Toto, Gran mamá no te va a permitir meter ese animal en tu cuarto, va a ensuciar todo: ¡mirá qué mojado está! Además es muy largo y no cabría en la cama de Marilú. No, yo lo voy a enlazar y le voy a enseñar a cabrestear para amansarlo. Dame el lazo, Tío Jorge.

—Deja que lo haga yo, dijo el Tío. Mientras tanto corre al automóvil y traeme una bolsa vacía que está debajo del asiento.

—Bueno. Pero no agarrés al lobito hasta que yo vuelva. Quiero ver cómo hacés.

—Sin duda, te esperaré.

Toto corrió y volvió en un santiamén con la bolsa. Entonces el Tío armó el lazo en un arco pequeño del lado de la presilla.

—¿Por qué no lo armas del lado de la argolla, Tío Jorge?

—Porque la argolla es muy gruesa y el animal muy chico, podría lastimarlo.

Se aproximó el Tío hasta llegar a dos pasos del lobito, y cuando éste, por fin alarmado quiso huir, ya tenía la sogá al cuello. El meterlo en la bolsa fué asunto sencillo a pesar de los golpes que pegaba con sus aletas y su cola. El Tío aseguró el orificio de la bolsa con un piolín, y desenvainando un cuchillo se puso a cuerear a la foca grande.

—¡Qué peluda había sido! dijo Chichita, yo creía que las focas tenían el cuero liso como la valija de mamá.

—La valija de mamá es de cuero de foca curtido y afeitado, dijo Toto. ¿No sabías que las focas vivas tienen el cuerpo cubierto de pelo marrón?

—¿Y éste lo vas a hacer afeitar, Tío Jorge?

—No, Chichita. Se lo regalaremos a tu Gran Mamá, para que se haga una capa o una alfombra. Lo haremos curtir dejándole el pelo.

Llevaron el cuero y la bolsa en la que estaba el pequeño dando saltos y gruñidos, y cargaron todo en el automóvil.

—Ahora, si quieren bañarse vayan enseguida, dijo el Tío, no nos quedan más que quince minutos.

—¡Tío Jorge! ¡Por favor, por favor, no nos hagas bañar ahora! Estoy deseando volver a casa para darle de comer al pobre lobito.

—Bueno, vamos.

Al llegar vieron a la Abuela cosiendo, sentada en una de las mecedoras de la galería: “¡Gran mamá! ¡Gran mamá! Mirá lo que traemos”, gritaron los chicos.

—Un lobito huérfano, decía Chichita.

—Una capa de piel de foca para ti, decía Toto.

CHICHITA: Yo le voy a dar la mamadera.

TOTO: Tío Jorge le sacó el cuero.



CHICHITA: Tío Jorge lo agarró con un lazo.

TOTO: Yo lo voy a estaquear, hasta que esté seco.

CHICHITA: ¿Me dejarás hacerlo dormir en la cama de mi muñeca?

TOTO: Yo, mientras se seca el cuero, le enseñaré a sostener una pelota en la punta del hocico, como los del circo.

CHICHITA: No, Gran Mamá, no lo dejes que lo mortifique enseñándole nada, el pobre es muy chiquito.

—Si hablan los dos a un tiempo, no llegaré a entender nunca, dijo la Abuelita tapándose los oídos. Cállense. Dejen que Jorge explique lo que pasó.

Jorge explicó las maravillas que traían, y poco después el lobito fué transportado a la parte del gallinero adjudicada a los patos, por haber en ella un estanque, ya que a las focas les gusta el agua. Colocaron en la orilla de portland una casita de madera, en desuso que había pertenecido a un perro fallecido hacía mucho tiempo. Chichita tuvo que renunciar a darle ella misma la mamadera al lobito, sosteniéndolo sobre sus faldas pues era mucho más grande de lo que ella creía, y muy asustado pugnaba por escaparse a fuerza de aletazos y colazos. Hubo que meterlo de nuevo dentro de la bolsa, dejándole sacar solamente la cabeza, y bien sujeto entre las rodillas del jardinero, hacerle tragar leche. Es decir tratar de hacérsela tragar, porque el muy porfiado arrojaba gran parte de lo que le daban, sacudiendo el hocico y salpicando a los chicos.

—Tal vez no le hayan puesto bastante azúcar, dijo Chichita.

—¿Azúcar? ¿Cómo se te ocurre semejante idea? Viviendo como viven en el agua salada del mar, la leche de las focas no puede ser sino salada, opinó Toto, hay que echarle sal.

CHICHITA: ¡Qué horror! ¿Qué te parece que le buscáramos un nombre?

TOTO: Bueno. Un nombre que tenga que ver con su carácter.

CHICHITA: ¿Acaso saben los padres el carácter que va a tener su hijo cuando lo bautizan?

—Quiero decir un nombre que tenga que ver con lo que pasó cuando nació. Por ejemplo en este caso: *lo hemos salvado de las aguas*, lo podríamos llamar *Moisés*, como el chico que encontró en una cuna flotante, sobre el Nilo, la hija del Faraón.

—¡Toto, sos un sabio! ¿Crees que algún día se me van a ocurrir tantas cosas?

—¿Y por qué no? Cuando estés en cuarto grado como yo, dijo Toto muy complacido, sin pensar que la salvación de este Moisés anfibio era muy relativa, y que seguramente el pobre estaría mucho más a gusto, aunque huérfano, libre en el mar... Y sin darse cuenta de que no resultaba muy apropiado para un animalito el nombre del gran Jefe del Pueblo Hebreo, de aquel hombre elegido por Dios para recibir de sus manos las Tablas de la Ley.

—Ahora sáquelo de la bolsa y mévalo en su casita a ver qué hace.

El jardinero obedeció. Moisés no hizo nada sino correrse al fondo de la casita y esconder la cabeza en un rincón, no quería ni mirar a sus protectores. Por más que Chichita lo llamó con toda la suavidad posible, y Toto dió grandes golpes en las paredes de madera para atraer su atención, Moisés se quedó impávido y taciturno, ni siquiera movió una aleta para demostrar que había oído algo.

—Hay que dejarlo descansar, niño Toto, ¿no ve que el pobre animal no está acostumbrado a viajes en auto?, dijo el jardinero; además creo que la leche no le conviene, tiene todos sus dientes. Mire cómo ha mordido el chupete de goma, mejor sería darle otra cosa.

El primer “Gong” llamando al almuerzo retumbó a lo lejos, y los chicos corrieron por la calle de nogales, a lavarse las manos y peinarse para estar listos antes del segundo toque.

En la mesa se comentó el hallazgo de Moisés, y su falta de apetito.

—Así que dice Francisco que habrá que darle otra cosa. ¿Y qué le podríamos dar? ¿Cómo conseguir pescado ahora que ya no está Pietro para tirar la red? dijo la Abuela.

Toto: ¿Y no podrías mandar a otro de los peones, Gran mamá?

LA ABUELA: No, hijito, hay que saber manejar esa red, no se puede echar el bote porque las rompientes son tan fuertes que lo harían zozobrar; Pietro entraba a caballo en el mar, pero era muy ducho, había aprendido a pescar de esa manera desde chico, con su padre, que era un pescador de profesión.

—Podríamos ir a la laguna y pescar unos bagres con línea, propuso Pocholo.

Pocholo era un primo de los chicos, que acababa de llegar a pasar días a la estancia.

—Eso me parece una excelente idea, dijo la Abuela; vayan ahora después de la siesta.

POCHOLO: ¿A caballo, gran mamá?

—A caballo sería muy complicado: llevar las cañas, las líneas, la carnada...

—Pero Gran mamá, te olvidas que ya no soy tan chico, observó Pocholo, ya tengo trece años, y a mi edad soy muy capaz de galopar llevando todas esas cosas debidamente atadas al recado.

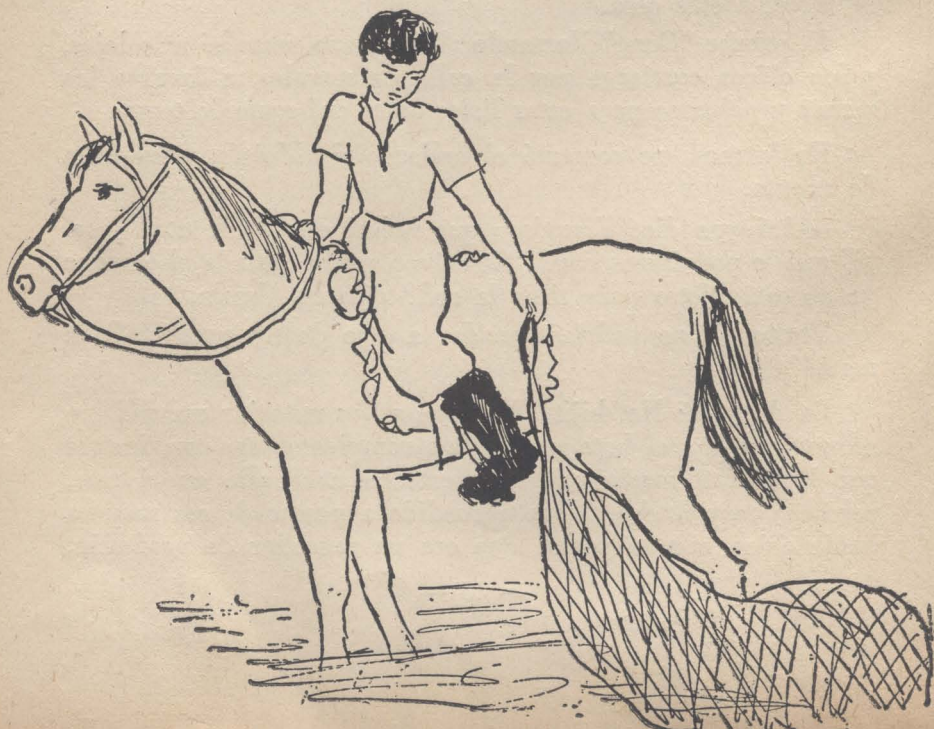
—De todos modos, mejor es que lleven todas esas cosas en el sulky. ¿Quién irá contigo?

—¡Yo, Gran mamá! Si me das permiso, dijo Toto.

—Yo también quiero ir con ellos, suplicó Chichita.

—No, m'hijita, tú no puedes ir sin la niñera, y en el sulky no caben tantos.

—Gran mamá, dijo Toto, Pocholo tiene muchas ganas de andar a caballo; si tú quieres podríamos ir Chichita y yo con Luisa en el sulky, mientras Pocholo nos escoltaría a caballo.



—Me parece muy bien, dijo la abuelita.

A las tres de la tarde se puso en marcha la expedición; llevaban, además de los utensilios de pesca, sandwiches y galletitas para la merienda. Pocholo se había empeñado en cargar él mismo todo lo necesario, sin dejar que los demás intervinieran, ni preguntaran qué contenía cada bulto.

La laguna “Grande” como la llamaban en la estancia, para distinguirla de las otras lagunitas del campo, se extendía al pie de los médanos que la separaban del mar. Tenía media legua de largo, y no se secaba nunca en el verano. Los chicos buscaron un sitio libre de juncos en la orilla, y se instalaron con las cañas en la mano. Pocholo y Toto colocaban la carnada en los anzuelos, y se quedaban inmóviles, esperando que los peces se dejaran tentar por esos gusanos apetitosos que disimulaban tan bien el ganchito traicionero, pero Chichita se movía y hablaba continuamente. Al fin Pocholo se impacientó:

—Si no te quedas quieta, no atraparemos nada. Los peces oyen tu voz y se asustan.

—¡Pero estoy cansada de estar quieta, ya estuve sentada media hora en el sulky!

—¿Creías acaso que íbamos a pescar corriendo alrededor de la laguna con la caña en la mano? Mejor te hubieses quedado en casa.

Chichita iba a contestar pero Luisa no le dió tiempo:

—Vamos a dar una vuelta Chichita y yo. Subiremos al médano mientras los muchachos siguen pescando.

Se alejaron cuesta arriba, apoyando sus pies en las matas de pasto duro y ralo para no resbalar; Chichita iba adelante ágil como una cabrita y al llegar a la cumbre se detuvo a esperar a la niñera:

—¡Luisa! fijate, aquí hay un valle y enfrente otro médano más alto que éste.

—Crucemos el valle y subamos al otro médano; de allí se ha de ver el mar, dijo Luisa.

—¡Adiós Pocholo! ¡Adiós Toto! gritó alegremente Chichita, agitando su pañuelo, nos vamos a trepar a la montaña más alta del mundo.

Toto quitándose el sombrero de brin blanco, lo agitó en contestación al saludo.

Estuvieron un buen rato en silencio. Dos veces el corcho de la línea de Toto se hundió, pero cada vez, resultó que los peces se habían comido la carnada, sin que ninguno quedase enganchado.

—No hay nada que hacer. Voy a traer el boliche, dijo Pocholo.

—¿El boliche? ¿Qué dijiste?

—La red de pescar que usaba Pietro, así se llama. (*)

Y Pocholo sacó el bulto envuelto en arpillera que había disimulado bajo el pescante del sulky. Era una red con plomitos; Pocholo la desenvolvió y la estiró sobre la hierba.

—¿Y pensás echar la red esa desde la orilla? preguntó Toto.

—Montaré a caballo y haré lo que hacía Pietro, contestó Pocholo.

—Pero si nunca lo viste echar la red, ¿cómo sabés lo que hacía?

—No es preciso ser sabio para echar un boliche al agua; en diez minutos tendremos más pescados que en cuatro horas con las líneas.

—¡Pocholo! ¿Por qué no esperás que vuelva Luisa? Estoy seguro que a Gran mamá no le gustaría que hagas esto sin permiso.

—¡No seas pavo! Si espero que vuelva Luisa no pescaremos nada; las mujeres no hacen más que gritar e incomodar. Tomá, agarrá esta sogá que está en un extremo de la red y te quedás parado en la orilla, mientras yo entraré a caballo sosteniendo el otro extremo.

Pocholo estaba encaramado sobre el pangaré. Para que no se le escapara la sogá le dió una vuelta alrededor de su cintura e hizo un nudo.

—¡No seas bárbaro! ¡No te ates la sogá! gritó su primo, pero ya el pangaré había entrado en el agua. mañereando y levantando surtidores de agua barrosa a cada paso. Pronto le llegó al pecho, el animal quiso volver, pero Pocholo le sacudió un rebencazo, y siguió arrastrando la red que se explayó detrás

(*) Las redes cogen peces de toda clase, de ahí el nombre de "boliche" que se dió luego a las tienditas en que hay de todo.

del caballo como el manto de una novia, y se fué hundiendo con el peso de los plomos.

—¡Volvé! ¡Vas a mojar el cojinillo! gritó Toto.

—Ahora voy. Tengo que formar un semicírculo, para que los peces queden como acorralados. No largués la otra punta.

Pocholo siguió azuzando al caballo, el agua le cubría los estribos y las estriberas, levantó los pies y se sentó a la turca sobre el ancho recado.

Entonces sucedió lo inesperado: el caballo perdió pie, se puso a nadar y de pronto asustado retrocedió pegando media vuelta por la parte donde había venido; antes de que Pocholo pudiese atinar a impedirlo sus vasos se enredaron en la red y rodó entre el agua, con su jinete.

Desaparecieron los dos bajo la superficie, pero enseguida, pateando y abalanzándose como enloquecido el pangaré logró desasirse de las mallas del boliche y ganó la orilla. ¿Dónde estaba Pocholo? Toto espantado contempló los remolinos entre los que esperaba ver surgir la cabeza del primo. Sus manos se crisparon sobre la sogá de la red que tenía todavía entre sus dedos, y afirmándose en la orilla tiró de la cuerda corriendo sobre la hierba húmeda, resbalando, tropezando, los ojos llenos de lágrimas de desesperación, al sentir que las fuerzas no le alcanzaban pues la red se enganchaba en los juncos y el peso era enorme. Pocholo estaba aprisionado entre las mallas.

“¡Dios mío! pensó Toto. ¡Si no me ayudas mi pobre primo se morirá! San Pedro: tú que fuiste pescador, y manejaste las redes hasta que Jesús te llevó a manejar las almas, dame fuerza para sacar a ésta antes de que sea demasiado tarde”.





En ese instante sintió un dolor en el hombro derecho, acababa de golpearse contra la rueda del sulky, cuyo caballo parecía dormido entre las varas. En un santiamén ató la soga de la red al respaldo del asiento, subió al coche de un salto, y con un grito salvaje despertó al caballo que salió al trote mientras el niño asía las riendas, sujetándolo en cuanto apercibió fuera del agua el cuerpo inanimado de Pocholo, envuelto en la red.

Al grito de Toto contestaron los gritos de Luisa y Chichita, que habían presenciado el salvamento, al franquear el médano más cercano, regresando del paseo. Pocholo estaba desmayado de una de las patadas del pangaré; por suerte el animal no tenía herraduras, y el ser dentro del agua había amortiguado el golpe, de lo contrario podría haberle partido el cráneo.

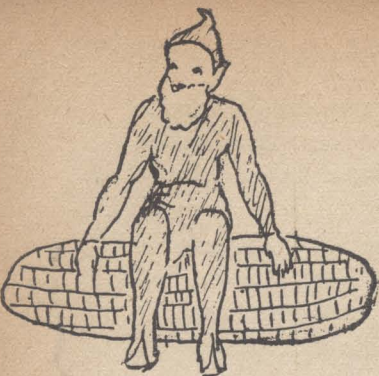
Alzaron al herido en el sulky, y Toto logró capturar al pangaré en el que montó a pesar del recado empapado.

Pocholo tuvo que quedarse en cama, curándose, los veinte días de que disponía para pasar en la estancia... por pretencioso y desobediente, se quedó sin vacaciones campestres, pues ya le llegó el tiempo de volver a sus estudios. La Abuela consideró suficiente castigo, lo que el chico tuvo que sufrir en esos días y por eso no le impuso otro.

“A éste sí que habría que llamarlo “Moisés”, más que al lobito”, decía riendo el Tío Jorge, una vez que se les pasó el susto de lo que *pudo haber sido*.

Toto fué muy felicitado. Chichita no se cansaba de hacerle contar cómo le vino la idea de atar la sogá de la red al sulky. Toto no se olvidaba de decir con qué angustia había rezado. Y Chichita agregaba:

“Nosotras también rezábamos en el médano . . . y ahora comprendo lo que quiere decir eso de: “A quien Dios se la da, San Pedro se la bendiga”, sabés, Toto, quiere decir que Dios te dió el coche y la idea, y San Pedro su bendición”.



El duendecito del Maizal

“¡Hasta luego Toto! Qué lástima que no puedas venir con nosotros. El tío Jorge me lleva a caballo al maizal”. Y Chichita se fué apurada temiendo ser olvidada si se demoraba charlando con su hermano enfermo.

Una legión de carpinteros parecía haberse instalado dentro del cráneo de Toto, golpeando y serruchando sin cesar, al menor movimiento de su cabeza, por eso permanecía inmóvil sin levantarla siquiera de la almohada.

Todo su cuerpo ardía como una brasa. De cuando en cuando estiraba un pie hacia la parte más fresca de la cama, pero era inútil, seguía ardiendo como antes. La vieja Luciana, encargada de cuidarlo, se acercó y le colocó un paño empapado con agua y vinagre en la frente, aliviándolo un poco:

—¡Gracias, Luciana! Qué tonto soy de haberme enfermado un día tan lindo! Y aquí estás clavada en casa por mi culpa.

—¡Psst!, chistó Luciana, si hablas, aumentará tu fiebre. Y se alejó en puntas de pie.

La luz de una espléndida mañana de verano tamizada por la cortina transparente penetraba en la habitación. Toto siguió los movimientos de tres moscas que se paseaban por el vidrio de la ventana; una de ellas zumbaba y golpeaba como queriendo atravesar los cristales, descansaba un instante y volvía a empezar. “¡Qué porfiada! pensó Toto entornando los ojos, parece que quiere romper los vidrios. Yo creo que me dormiría si esa mosca no hiciese tanto ruido. La oigo todavía más con los ojos cerrados”. Abrió los ojos de nuevo, y ya no vió ni las moscas, ni la ventana, ni el cuarto, ni la cama: se encontró en medio del campo.

.....

Toto venía costearo el maizal, montado en su petizo blanco. Hacía mucho calor, la tierra se levantaba en pequeños remolinos

sobre la huella reseca, y entraba en las narices y la boca del niño, dándole una sed atroz. Todavía tenía que galopar media hora antes de llegar a la arboleda de la estancia: “Yo no puedo más, exclamó, tengo la lengua como una brasa”, y sin bajarse del petizo se arrimó a las altas espigas de maíz, arrancó un choclo verde, le sacó la chala y se puso a mordisquear los granos blanquecinos, chupando el juguito dulzón y tibio con el mismo deleite que si hubiese sido un helado de crema, tanta era la sed que tenía.

El petizo sin perder tiempo se llenaba la boca de chala.

—¡Hola, hola! Parece que les gusta mi maíz, dijo una voz, y Toto vió a un hombrecito de barba amarilla y traje verde, trepado en una de las más altas espigas.

—¿De dónde sales? ¿Estabas escondido? preguntó el niño.

—Sí, mira qué bien me escondo otra vez; y bajando los dos brazos a lo largo del cuerpo, con los pies afirmados en las hojas, y la barbilla hacia arriba, el hombrecito parecía uno de los tantos choclos del maizal.

—Muévete otra vez que no te veo, con tu traje verde entre tantas hojas verdes, exclamó Toto, y dime quién eres.

El hombrecito dió unas volteretas con la habilidad de un trapecista y haciendo unas muecas graciosas para que Toto le viese bien la cara, explicó:

—Soy Choclín, el duende del maizal, y mi oficio es cuidar de que nadie robe los choclos.

—Yo no robo los choclos —dijo Toto enojado—, lo único que hice fué sacar uno porque me moría de sed.

—Así dicen todos los ladrones: “Yo no hice más que tomar lo que me hacía falta y que otro tenía de sobra”. Eso es robar, aunque no te guste llamarle así.

Toto se puso muy colorado de vergüenza... el duende tenía razón..., pero no quería el niño dejarle la última palabra.

—¡Como se ve que no tienes nada que hacer para fijarte en tan poca cosa!

—¿Nada que hacer? exclamó Choclín; pues para que te des cuenta de lo mucho que debo hacer, vas a entrar de guardia conmigo por todo el día, como penitencia.

Dando un salto, cayó sobre el anca del petizo blanco y agarrándose fuerte del cinturón de Toto, cantó con voz aguda:

*Pequeño, pequeño, pequenín
Ponte tan chiquitín
Como choclín.*

Enseguida Toto y su petizo se achicaron hasta quedar el niño del tamaño del duende, y el petizo del alto de un gato. Choclín montado en ancas sobre él, taloneó enérgicamente al caballito que largó el galope.

Toto con las riendas en la mano, un poco azorado por el cambio de estatura, tenía gana de sujetar al petizo, dar un empujón al duende y escapar, pero no se animaba. Preguntó con voz insegura:

—¿Adónde me llevas, Choclín?

—Al otro lado del maizal, ese es mi recorrido, de Norte a Sur, de Este a Oeste, y a veces toda la vuelta.

El petizo galopaba en el medio del zurco, entre dos hileras de espigas; sus patitas hacían volar cascotes, pero era tan livianito a pesar de llevar a dos jinetes, que no se hundía en la tierra removida. Hacía fresco pues los rayos del sol llegaban tamizados por las verdes hojas.



—Vamos más ligero que el viento —dijo Toto— y estas plantas de maíz me resultan tan altas como los álamos de la quinta. ¿Cómo haces para no perderte en este bosque, donde todos los caminos y todos los árboles son igualitos?

—Las plantas de maíz te parecen a ti todas iguales pero yo encuentro diferencias en ellas.

Toto sujetó de pronto... Dos animales oscuros estaban al pie de una planta mordiendo su tallo.

—Dos osos, mira Choclín, murmuró el niño.

—Querrás decir dos cuises, dijo el duende riéndose. Te parecen grandes porque ahora eres chiquito. Vas a ver cómo los arreglo, acércate bien a ellos.

Se acercaron a menos de un metro.

—Lárguense de aquí atrevidos. Este maíz no les pertenece, dijo Choclín.

Uno de los cuises siguió comiendo como si no hubiese oído, el otro se sentó y levantando sus manitos cortas de puntiagudas uñas, abrió la boca mostrando sus dientes afilados.

—Con estas uñas y estos dientes, todo lo que encontramos para comer será nuestro.

—Por mis barbas rubias y mi gorro verde... Voy a contar hasta tres. Si a las tres no han tomado las de Villadiego les va a pasar algo muy desagradable.

El cuis por toda contestación le echó una mirada burlona, y dándose vuelta, se puso a roer el tallo de maíz al lado de su compañero.

“UNO”... dijo Choclín, poniéndose de pie sobre el anca del petizo, y agarrándose del pelo de Toto para no caerse.

“DOS”... Los cuises no hacían caso.

“TRES”... Choclín exasperado bailaba ya, dándole tirones del pelo a Toto que no se atrevía a quejarse, pero los dos cuises seguían como si tal cosa.

Entonces Choclín, quitándose el gorrito verde lo agitó como despidiéndose de alguien, y al mismo tiempo cantó:

Molosos y sabuesos

No dejen de estos cuises

Ni los huesos.

Dos perroteos negros aparecieron, ladrando ferozmente y cada uno de ellos devoró a un cuis ladrón sin dejar ni un huesito.

—Bien, ahora quédense cuidando por aquí, para que no vengan otros cuises. Y dirigiéndose a Toto le dijo:

—Media vuelta a la derecha y al galope hacia el Este.

Toto taloneó fuerte, encantado de alejarse de los dos perros que le daban un miedo atroz, y el petizo salió a escape.

Pronto llegaron al alambrado que cercaba el maizal por el Este, y salieron al sendero que lo circundaba. El cielo estaba muy claro, pero mirando bien se podía ver una cantidad de papelitos amarillos que volaban de un lado a otro al capricho del viento.

—¿Qué son estos papelitos, Choclín? ¿Los habrán tirado de algún aeroplano?

—No son papelitos, hijo, son unas mariposas que se llaman isocas; son éstas mis peores enemigas.

La bandada de mariposas se iba acercando. Una de ellas, muy insolente llegó a golpearle la nariz a Toto con su ala, y levantó vuelo riéndose del chiste.

Choclín colocando sus manos en portavoz, gritóles:

—Isocas. Todas las que vuelan por aquí... Voy a contar hasta tres, y cuando yo diga tres quiero verlas a todas volando lejos.

—¿Qué mal hacemos?, contestaron mil vocecitas; ¿no podemos acaso dejar los huevitos en el maíz? No comeremos ni un bocado.

—Uds. no. Pero ponen sus huevos en los choclos, y cuando nacen sus hijos, los gusanitos, son ellos los que se comen todo. Váyanse lejos.



Mil carcajadas sonaron como un tintineo de campanillitas en el cielo azul. Las mariposas siguieron volando hacia el maizal...

“UNO”..., dijo Choclín; las mariposas se rieron otra vez.

“DOS”... y ya Choclín se había puesto de pie sobre el anca del petizo.

“TRES”... dijo... las primeras isocas ya se posaban sobre las plantas de la orilla y ninguna le hacía caso.

Entonces él, prendiéndose del pelo de Toto, agitó con la otra mano su gorrito verde y cantó:

Gaviotas...

Blancas y grandotas

Vengan a cazar a las isocas.

Toto vió entonces, una nube blanca muy grande, que le atacaba el sol y se acercaba rápidamente a ellos. De ella se desprendió uno que otro pedazo..., luego otros más, hasta que toda ella se desparramó. Cada pedazo era un gran pájaro blanco, una gaviota.

Las mariposas quisieron huir pero ya era tarde; aquéllas con sus grandes alas las alcanzaban, dando ásperos gritos y las devoraban.

—Vamos, Toto. Hacia el Oeste, y rápido.

Toto apuró al petizo y éste se puso a cruzar el maizal, saltando los zurcos, cuerpeando a las altas espigas.

—Oye Choclín, ¿por qué no les diste tiempo para escapar, a esas pobres mariposas?

—He contado hasta *tres*; ya sabes que la primera se avisa, la segunda se perdona, y la tercera se bastona.

—Ser tragado por una gaviota es mucho peor que ser apaleado, pensó Toto, pero no dijo nada. Llegaron al fin al alambrado, de cara al sol que se iba inclinando al horizonte.

—Parece que por aquí no hay nada, Choclín, vas a poder descansar un poco andando al paso.

—No, Toto, no puedo perder tiempo...

Siguieron costearo el maizal, siempre a todo galope. Del otro lado del sendero se extendía un campo cubierto de pasto corto. Toto se sentía muy cansado y quería echarse un rato sobre la verde pradera para dormir una siestita...

—Mira, Choclín, dijo de pronto el niño, sujetando a su caballo. El pasto viene caminando...

Efectivamente, la llanura parecía animada de un extraño movimiento, como si cada brizna de pasto diera un saltito y luego otro.

—Ya lo creo que viene caminando, y no sólo caminando sino saltando —dijo Choclín—, pero no es el pasto que salta, son langostas; y con voz fuerte gritó:

—Atrás, langostas. Atrás... Si no vuelven atrás perecerán.

—Déjanos pasar, —gritaron mil vocecitas plañideras—; si volvemos atrás nos moriremos de hambre. Desde que nacimos, cuando nos llamaban “*las mosquitas*” hemos venido saltando y comiendo el pasto de muchos campos, hasta ahora que hemos crecido y nos llaman “*las saltonas*”. Detrás de nosotras han quedado arrasados los campos, los árboles sin hojas; tenemos que seguir adelante para encontrar alimento hasta que nos crezcan las alas. Entonces, te lo prometemos, volaremos lejos de aquí.

—Nada, nada, dijo Choclín, voy a contar hasta tres. Si a las TRES no han vuelto para atrás, no habrá quien las salve”.

“UNA”... las langostas siguieron avanzando.

“DOS”... las primeras llegaron al sendero.

“TRES”... las langostas ya formaban una alfombra verde-amarillenta que cubría la huella polvorosa.

Toto acercó su petizo a las espigas de maíz, el duende se trepó a la más alta y quitándose el gorro verde, cantó:

*Largas barreras,
Fuertes y ligeras,
Vengan a atajar
A nuestras viajeras.*

Enseguida brotaron de la tierra dos líneas de barreras de lata, por sobre las cuales las langostas no alcanzaban a saltar. Esas líneas formaban como un corredor muy ancho, en cuyo extremo cerca del maizal, se abría una profunda zanja; las langostas iban dando saltitos sin darse cuenta de que iban a caer dentro de ella.

—Y ahora Toto, te devuelvo la libertad y tu tamaño natural. Me has prestado una gran ayuda con tu petizo tan guapo. Vuelve a verme cuando no tengas nada que hacer, dijo el duende, y sacándose el gorro cantó:

*Chiquito, chiquitito,
Ponte prontito
Muy grandecito.*

A Toto le pareció que subía en un ascensor muy ligero y que le tiraban de las piernas y de los brazos; su cabeza llegó más arriba que las plantas de maíz, el petizo parecía hincharse entre sus piernas, y ya grande y gordo, hizo unos pasos por la huella.

—¡Hola, Toto! Salí de ahí que vas a hacer volver a las langostas. Las queremos hacer caer en la zanja y luego taparlas con tierra para que se mueran...

El que así hablaba era el tío Jorge que estaba con tres de los peones, todos con bolsas vacías en las manos, espantando a las langostas para que fueran todas a caer en la zanja grande.

Toto buscó a Choclín, pero éste había desaparecido.

Entonces, dando la vuelta a las barreras y bajándose del petizo, tomó una de las bolsas vacías que había traído el tío, y se puso a arrear él también las langostas.

No contaré nunca a nadie mis aventuras con Choclín, pensó muy decidido. Pero un día de éstos lo voy a venir a ver...

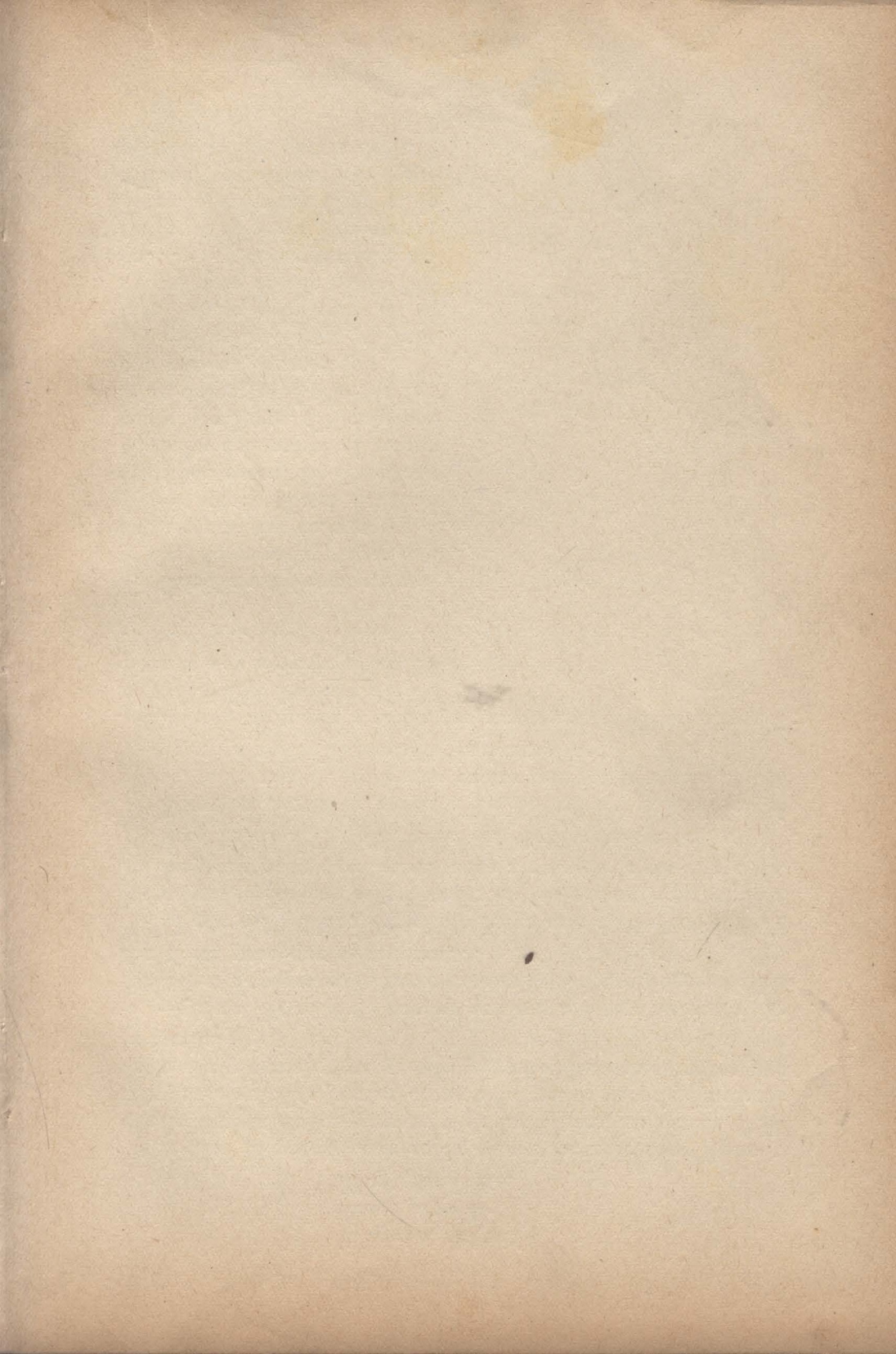
.....

Chichita entró como un ventarrón, despeinada y sonriente en el cuarto del enfermo:

—¡Toto! ¡Toto! ¡Vieras qué lindo paseo! He dado toda la vuelta del maizal al galope con el tío Jorge. ¡Disculpame, te he despertado! ¡No me fijé que estabas durmiendo!

—No, dijo Toto, yo también estuve galopando en el maizal pero no con el tío Jorge... — y dándose vuelta hacia la pared se volvió a quedar dormido, mientras Chichita lo miraba asombrada, sin comprender lo que quería decir.





FINAL

Rosados flamencos de pico encorvado,
Chajás pesadotes de lento volar,
Cigüeñas zancudas de cuello estirado
Vuelan hacia el Norte, chillando al pasar.

Los patos silvestres con grito grotesco
Cruzan por el cielo formando un puñal;
Sus voces retumban, y en el aire fresco
Huyen cuervos negros en vuelo otoñal.

Terminó el verano, y el otoño empieza,
El mar encrespado cambio de color.
Chichita en la playa mira con tristeza
Las nubes que velan un sol sin fulgor.

Pero Toto llega con palas en mano
Y habla, como siempre, neto y doctoral:
—No pierdas tu tiempo deseando en vano
Que nunca volvamos a la capital.

Mañana nos llevan, la suerte está echada,
Pero hoy aquí estamos, hay que aprovechar.
Hagamos un fuerte de arena apilada
Tan alto que nadie lo pueda tomar.

Chichita sonrío: —Hagamos el fuerte
Pero te prevengo que el mar va a crecer,
Y en cuanto una ola se acerque con suerte
Verás nuestro fuerte desaparecer.

Toto le contesta: —Pronto volveremos
Como la marea que viene y se va.
Lo que ella deshaga lo reconstruiremos
El año que viene, y algo quedará.

INDICE

Prefacio	5
Los Indios	7
Inspiración de Navidad	21
El Fantasma de la Laguna	31
En la Playa	40
El Duendecito del Maizal	52
Final	61

EL 12 DE DICIEMBRE DE 1940
SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA
IMPRESA Y LIBRERIA "GUADALUPE"
MANSILLA 3865 — Bs. AIRES

